

Los Ynfelices.





LOS INFELICES

LOS

INFELICES

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

FRANCISCO PEREZ ECHEVARRÍA

Y

ARTURO GIL DE SANTIVAÑES

Estrenada en el teatro de la Alhambra el 31 de Marzo de 1880.

IMPRENT[A] de R. Moreno y R. Rojas
...ios, nu...
1880

PERSONAJES

CARIDAD....................	SRA. TUBAU.
DOÑA CASTA................	VALVERDE.
D. FABIAN..................	SR. ROSELL.
FEDERICO...................	AGUIRRE.
NICOLÁS.....................	ROMEA.

ÉPOCA CORRIENTE.

ACTO PRIMERO.

Habitacion en una casa de campo, elegantemente amueblada.

ESCENA PRIMERA.

FEDERICO.

Pues señor, no cabe duda:
marido que es un truhan
como yo, debe ocurrirle
lo que ocurriéndome está.
¿No me engolfo en las tormentas
de la vida mundanal
teniendo puerto seguro
en este tranquilo hogar?
¿No abandono la sagrada
legítima propiedad
para meterme en la ajena
con intento criminal?
¿No quiero dejar el blando
nido de pluma y volar
presuroso hácia otros nidos
que sabe Dios cómo están?
¡Pues merezco, sí, merezco
que me rajen en canal! (Pausa.)
Yo era feliz en mi casa;
pero no hay felicidad
que más seduzca, que aquella
que no se tiene.—¡Ja! ¡ja!... (Con ironía.)
(Sentándose.)
¿Qué me hubiera sucedido

si en vez de marcharme al Real
me hubiera estado en mi pueblo,
como era lo regular?
Que hoy á las dos comeria
con toda tranquilidad
con mi mujer, que es muy buena,
y el alcalde del lugar,
y el director de la casa
de locos, y su mitad
doña Casta, que me hace
una gracia singular.
(Contemplando una tarjeta.)
¡Rufo Quiñones! ¡No hay duda!
Mañana me mandará
sus padrinos... y pasado
pagaré mi iniquidad.
¿Quién dijo miedo?... No obstante,
le contaré á don Fabian
el suceso... y que él me ayude
si llega el trance fatal.
¿Quién se acerca? Mi costilla.
Gracias que uno tiene ya
muchas conchas... y es corrido
y sabe más que Brijan.
¡Pobrecilla! Si supiera
la espantosa bacanal
en que ha estado su marido...

ESCENA II.

—

FEDERICO y CARIDAD por la primera puerta izquierda.

CARIDAD. ¡Federico!
FEDER. ¡Caridad
de mi vida! Dios te guarde.
CARIDAD. ¿Cuánto tiempo hace que estás
en casa?
FEDER. Una hora.
CARIDAD. ¡Sin verme!

FEDER. He querido respetar
tu sueño.

CARIDAD. ¡Mi sueño!... ¡Ingrato!...

FEDER. ¿No has dormido bien?

CARIDAD. No tal.
¿Dormirias tú tranquilo
si yo llegase á pasar
las noches como las pasas
tú?

FEDER. No, no, hija mia... ¡cá!
(¡Dios me libre!)

CARIDAD. Pues entónces,
no te debe de extrañar...

FEDER. ¡Eres un ángel! un ángel...

CARIDAD. ¡Qué he de ser yo! ¡Quita allá!

FEDER. ¿Que no?

CARIDAD. Soy una de tantas
mujeres, que siempre están
soñando con su marido,
sin querer ni ambicionar
otro bien ni otra delicia
que hacer su felicidad
y merecer sus halagos
y... pare usted de contar.

FEDER. (¡Una infeliz!)

CARIDAD. Con que mira
si es cosa muy natural
que haya pasado la noche
pensando en tí.

FEDER. Sí; es verdad.

CARIDAD. ¡Pobrecillo! —me decia—
ahora de fijo estará
velando á la cabecera
del lecho de Sandoval...

FEDER. ¡Es verdad!

CARIDAD. Llevado el pobre
de su afecto y su piedad...

FEDER. ¡Verdad!

CARIDAD. Y apurando un trago...

FEDER. (¡No, muchos tragos!)

CARIDAD. Pero hay

que cumplir con los deberes
sagrados de la amistad.»
¿Y cómo se halla el enfermo?

FEDER. ¿Cómo?... Pues le enterrarán
mañana probablemente.

CARIDAD. ¡Qué dices! ¿Tan grave está?

FEDER. Sí... (Despues de hacerle enfermo,
ya le debo de matar.)

CARIDAD. ¡Me habian asegurado
que tenía nada más
que un constipado sencillo!

FEDER. Pues hija, es doble.

CARIDAD. Le habrá
sobrevenido de pronto
algun acceso...

FEDER. Cabal...

CARIDAD. Algun accidente...

FEDER. Justo.
Ayer, el doctor Magaz
dispuso que le pusieran
una cataplasma...

CARIDAD. ¡Ya!

FEDER. De linaza.

CARIDAD. Y tardarian...

FEDER. No.

CARIDAD. ¿No la hicieron?

FEDER. Sí tal:
se la hicieron de mostaza.

CARIDAD. ¡Jesus, qué barbaridad!

FEDER. La fuerza del consonante:
como el nombre es casi igual...

CARIDAD. Y que haya en el mundo gentes
tan aturdidas y tan...

FEDER. Qué quieres!...

CARIDAD. El desdichado
se pondria...

FEDER. Claro está;
con un vientre... (Si prosigo
mintiendo, me va á pillar.)

CASTA. (Dentro.)
¿Dónde está la señorita?

FEDER. ¿Quién es?

CARIDAD. ¡Doña Casta!

FEDER. (Ay!
Bendita sea su casta!)

CARIDAD. Aquí.

FEDER. ¡Pase usted acá!...
(Saludos expresivos y cariñosos.)

ESCENA III.

Los mismos, Doña CASTA por el fondo.

CASTA. ¡Caridad! (Besándola.)

CARIDAD. ¡Santos y buenos!

FEDER. Siéntese usted.

CASTA. ¿Y qué tal
la velada?

FEDER. Medianilla...

CASTA. ¿Y el enfermo?

FEDER. Regular...

CASTA. ¡Y cómo se le conoce
la mala noche!
(A Caridad.)

CARIDAD. Sí.

CASTA. Está
muy pálido.

FEDER. ¿Mucho?

CASTA. ¡Mucho!

CARIDAD. Ya ve usted, es natural.

CASTA. ¡Y manchado!

FEDER. ¡Qué!

CARIDAD. ¿Manchado?

CASTA. Pues qué, hija mia, ¿no estás
viendo esa pechera?

FEDER. (¡Cielos!
¡Los vestigios del *cognac!*)

CARIDAD. ¿Es cierto?...

FEDER. ¡Sí!... ¿Qué habrá sido?
¡Ah!... Ya recuerdo... al tomar

un frasco... de hiper...cloruro
y otro frasco de hipo...crás
y otro de hipo....

CASTA. ¡Cuánto hipo!

FEDER. (¡Ya creo que á mí me da!)
Y al echarlo en una taza
y al mover y al preparar...

CASTA. ¿Sabe usted hacer enjuagues?

FEDER. ¿Yo? Sí señora. (¿Hablará
con retintin?)

CARIDAD. ¿Y el ilustre
doctor?

CASTA. ¡Calla, Caridad,
no me hables de él!

CARIDAD. Pues ¿qué pasa?

CASTA. ¡Ay, qué hombre!

CARIDAD. ¿Quién? ¿Don Fabian?

CASTA. Maldita la hora en que vino
á Leganés á curar
locos... ¡Cá!... no, no los cura.
Lo que quiere es aumentar
la clase... Para él no hay nadie
que esté en su juicio cabal.

FEDER. ¡Diablo!

CASTA. Un amago epiléptico,
una tension muscular,
una contraccion nerviosa,
un accidente casual,
un movimiento espasmódico
que es la cosa más vulgar
y sencilla que le puede
sobrevenir á un mortal,
se empeña en que es un princípio
de la horrible enfermedad.
Ustedes que le conocen
de antiguo...

CAR. y FED. ¡Sí!

CASTA. Extrañarán...

CARIDAD. ¡Ya lo creo!

CASTA. Hace tres dias
ó cuatro que está fatal.

Se pára... (Accionando.)
CARIDAD. ¡Ay, Dios!
CASTA. Habla solo...
Y se pone á pasear.
FEDER. Todo eso es propio de sabios.
CASTA. ¿De sabios?
CARIDAD. Tal vez.
CASTA. Quizás.
¡Ay! ¿Por qué me casaria
con un sabio?
FEDER. (Riéndose.) ¡Es singular!
CASTA. Y á mí no me importa nada
que en su manía tenaz
coja y ate—si se deja—
á toda la humanidad.
Lo que me importa es que dice
que yo comienzo ya á estar
tocada de la cabeza,
siendo así que quien lo está
es él... y tiene muy poca
gracia que un dia, sin más
ni más, me lleve á una jaula
y me someta á algun plan,
y me enseñe á los curiosos
como si fuera un chacal.
FEDER. Habrá notado algun síntoma...
CASTA. Hombre, ¿quiere usted callar?
¡Una mujer sin pasiones,
que á los cuarenta de edad
no le habia sucedido
nada de particular!...
FEDER. Esas son las más temibles
cuando revienta el volcan.
CASTA. ¡Qué volcan! si mi existencia
es un lago de cristal...
En fin, ¡no he tenido novio!...
CAR. y FED. ¿Eh?
CASTA. Quién no ha tenido un par
de novios?
FEDER. Cierto.
CASTA. Tú misma,

con ser tan angelical,
tuviste dos: tu marido
y tu primo Nicolás.

CARIDAD. ¡Jesus!... ¡Mi primo! ¡Un muchacho
de catorce años de edad!

CASTA. Pero era un novio...

FEDER. Seguro...

CARIDAD. Pero era un novio en agraz.

CASTA. Yo ni en agraz ni en almíbar:
en fin, nada.

CARIDAD. ¿Y don Fabian?

CASTA. Ah, ¿conque ustedes no saben
el sistema singular
que empleó para llevarme
al tálamo conyugal?

CARIDAD. No creo que usted nos haya
dicho nada.

CASTA. Pues verás.
—¡Si hombre más extravagante
no se ha visto ni verá!
Una tarde de Diciembre
me vió salir del portal
de la casa de mi amiga
Encarnacion... y al pasar
me dijo:—«Buena jamona!»

FEDER. ¡Olé!

CARIDAD. ¿Y luego?

CASTA. En Navidad
se fué á mi casa con una
anguila de mazapan...

CARIDAD. ¿Que usted no aceptó?

CASTA. ¡Pues claro!
¡Qué habia yo de aceptar!
Lo que hice fué despedirle.

CARIDAD. Y arrepentido quizás...

CASTA. El primer dia de Páscua
me llevó un pavo.

FEDER. ¡Ja! ¡ja!

CARIDAD. ¡Qué audacia tan inaudita!

CASTA. Y el segundo dia un par
de capones de Vizcaya.

CARIDAD. ¡Jesús, qué tenacidad!
FEDER. ¿Y qué hizo usted?
CASTA. ¿Yo?... Comérmelos.
¿Qué habia de hacer?...
CARIDAD. ¿Hay tal?
CASTA. ¿Pues no comprenden ustedes
que hubiera sido capaz
de llevarme poco á poco
toda la tienda de Prats?
CARIDAD. Si seguia con su empeño...
FEDER. Y despues, ¿qué hizo el galan?
CASTA. El dia primero de año
se me presentó de frac
y guante blanco, y me dijo:
«¿Usted se quiere casar?»
Miren ustedes, me puse
como un pavo.
FEDER. Es natural;
se lo habia usted comido...
CASTA. (Compungida.)
Pues hice una atrocidad,
porque el pavo aquel... trae cola!
FEDER. Ya lo creo que traerá.
CARIDAD. Vamos, vamos, doña Casta,
no llore usted; don Fabian
es un sujeto excelente...
FEDER. Es un hombre muy formal.
CARIDAD. No debe usted extrañarse
que teniendo que lidiar
con esos pobres, pronuncie
ciertas frases, que se están
diciendo todos los dias
en el trato familiar.
FEDER. Y á más un marido amante
como el primero...
CARIDAD. Que está
preocupado con sus cosas...
CASTA. Eso sí; no hay que quitar
al César lo que es del César.
Es más bueno que el buen pan.
CARIDAD. ¡Cómo cuida á sus enfermos!

FEDER. ¡Con qué paciencia!
CASTA. Ejemplar.
Ayer vino una señora
recomendada de un tal...
no me acuerdo, él me lo dijo...
La pobre...
(Indicando que está trastornada.)
CAR. y FED. ¿Sí?
CASTA. Empieza ya...
Pues bien: Fabian no descansa
pensando en su enfermedad.
La ha buscado una casita,
y dice que va á atajar
el mal desde su principio.
FEDER. Y sí que lo atajará.
Y anoche estuvo velándola.
CARIDAD. Si merecia un altar.
CASTA. Pero...
CARIDAD. No hay pero...
CASTA. ¡Ay! ¡Ustedes
vuelven la tranquilidad
á mi pecho!...
CARIDAD. Pues ¡qué duda
tiene!...
FEDER. No hay que pensar
en eso.
CASTA. Me voy á misa.
Hasta luego, Caridad.
CARIDAD. Adios.
CASTA. Adios, Federico.
FEDER. Que esperamos á almorzar.
CASTA. Vuelvo en seguida.
FEDER. Y no piense...
CASTA. Ya voy tranquila... ¡Adios! ¡Ay!

ESCENA IV.

Los mismos, Don FABIAN por el fondo.

FABIAN. A los piés de usted, señora.
CARIDAD. Buenos dias, don Fabian.

FABIAN. Don Federico...

FEDER. (Abrazándole.) ¡Muy buenos!
¿Viene usted de visitar
la gente?

FABIAN. Es deber sagrado
á que no falto jamás.

FEDER. ¿Y cómo anda aquello?

FABIAN. En órden;
siempre en órden.

FEDER. (Abrazándole estrechamente.) Ajajá...

FABIAN. ¡Y dentro de un mes, dos altas!...

FEDER. ¡Un par ménos!...

FABIAN. ¡Justo, un par!
¡Si viera usted la alegría,
la inmensa felicidad
y el orgullo incomparable
que esto me causa!... ¡Tornar
á la luz esplendorosa
de la razon un mortal
sumergido en los celajes
de la locura!... ¡Sacar
á flote un sér anegado
en la horrible inmensidad
de un mar sin fondo ni orillas,
más espantoso que el mar!
Decir: «Esta alma que há poco
vivia en la vaguedad
de un mundo desconocido,
ha vuelto á resucitar
para el bien y la familia,
y el amor y la amistad.
La voz de un hijo adorado,
de una esposa angelical,
de un padre, no serán ecos
que el pobre demente oirá
con atónita mirada
y con estúpida faz.
Serán los ecos vibrantes
de un concierto universal
que penetrando en las fibras
de su pecho, le herirán

como los ecos perdidos
de la lejana heredad
hieren al triste que torna
á ver su patria y su hogar.»

CASTA. (¡Y pensar ¡ay Dios! que este hombre
me causa un miedo cerval!...)

FABIAN. ¿No es cierto, don Federico,
que esta lucha colosal
de la ciencia, y este triunfo
de un médico de lugar...
merece bien que se tenga
un poco de vanidad?

FEDER. Merece la apoteósis...

CARIDAD. Merece la general
estimacion que usted logra.

FABIAN. Mil gracias por su bondad.
(Se vuelve y ve á Doña Casta.)
¡Hola!... (La mira fijamente.)

CASTA. ¡Hola!... (Con miedo.)

FABIAN. No sabia...
(¡Pobrecilla!) ¿Dónde vas?

CASTA. A misa.

FABIAN. ¿A las nueve y cuarto?
Ya está el cura en el altar.

CASTA. Oiré la misa de doce.

FABIAN. ¿De doce? ¡Qué atrocidad!
¡Pero eso es una locura!...

CASTA. ¿Locura?...

FABIAN. ¿Te vas á estar
tanto tiempo?... En fin, ya sabes
que acato tu voluntad.

CASTA. Sí... ya lo sé...

FABIAN. (¡Pobrecilla!)
(Se queda ensimismado.)

CASTA. (¡Qué mirada tan tenaz!)
Hasta despues... Federico...
(Haciéndole señas para que observe el estado de Don Fabian. Este se vuelve y la mira.
(¡Ay, Dios!... ¡Qué miedo me da!) (Vase.)

ESCENA V.

FEDERICO, CARIDAD, Don FABIAN.

FEDER. Tiene usted á doña Casta
soliviantada.
FABIAN. (¿Quizás (Con recelo.)
habrá sospechado?...)
CARIDAD. Dice
que usted se empeña en que está
trastornada, y ella afirma
que es usted.
FABIAN. (Tranquilizándose.)
¡Qué ingenuidad!
¡Vamos, todo lo comprendo!
FEDER. Usted la mira tenaz...
FABIAN. ¡Pobrecita de mi alma!
CARIDAD. Y debe usted procurar...
FABIAN. ¡Pues no faltaba otra cosa!
¡Pues si la quiero yo más
que á mí!...
FEDER. ¡Marido sublime!... (Con envidia.)
FABIAN. No, sublime no... tal cual.
CARIDAD. A todos nos consta.
FEDER. A todos.
FABIAN. Mil gracias por su bondad.
CARIDAD. Si usted me da su permiso,
voy adentro á preparar
ciertas cosas...
FABIAN. ¿Para darnos
al pico? Bien, Caridad:
es usted una anfitriona...
CARIDAD. Lugareña.
FABIAN. Sin rival.
(Váse *Caridad* primera puerta izquierda.)

ESCENA VI.

FEDERICO y Don FABIAN.

FEDER. (Pues señor, no cabe duda;
debo decirle el mal paso

que anoche dí, por si acaso
necesito de su ayuda. (Pausa.)
¿Don Fabian?

FABIAN. (Saliendo de su habitual abstraccion.)
¿Eh?

FEDER. (Bajando la voz.) ¿Me concede
usted un breve momento?

FABIAN. ¿Yo? (Con recelo.)

FEDER. ¡Chist!

FABIAN. ¡Diantre! (Sobresaltado.)

FEDER. Tome asiento...
Siéntese usted.

FABIAN. (Sentándose con temor.)
¿Qué sucede?

FEDER. (Sin atreverse á hablar decididamente.)
Usted sabe que hay sentencias
hijas de un saber profundo...
y sabe usted que en el mundo
engañan las apariencias.
Yo soy un hombre de bien...
Sé cumplir con mis deberes...
Mas... me gustan las mujeres.

FABIAN. ¡Qué demonio! A mí tambien.

FEDER. Usted me tendrá por loco,
pero... en viendo un buen palmito...
vamos... yo me despepito...

FABIAN. ¡Qué diablo! Y yo me disloco.

FEDER. Y no es que yo considero
que hago bien. .

FABIAN. Oh, no, no tal.

FEDER. Hacemos mal.

FABIAN. Sí, muy mal.

FEDER. ¡Una infamia!... Pero...

FABIAN. Pero...

FEDER. La costumbre...

FABIAN. Los resabios...

FEDER. Uno no ve...

FABIAN. No repara...

FEDER. Pero hombre, ¿quién sospechara
que usted, sabio entre los sabios,
que á todo el mundo fascina

con su profundo saber...

FABIAN. Bien. ¿Y qué tiene que ver
esto con la medicina?
Ni Hipócrates ni Galeno
cortaron esta dolencia;
y una cosa es tener ciencia...

FEDER. Es verdad.

FABIAN. Y otra ser bueno. (Pausa.)
Usted es malo.

FEDER. Yo, sí.
Y usted tambien.

FABIAN. Ya lo he dicho.

FEDER. Soy víctima de un capricho.

FABIAN. Lo mismo me pasa á mí.

LOS DOS. ¡Silencio!

(Se levantan á explorar y vuelven á sentarse. Este juego escénico se hará con la uniformidad necesaria para que resulte cómico.)

FEDER. Yo á mi mujer
la dije ayer que tenía
que ir á Madrid, pues debia
velar á un enfermo. Ayer
terminaba el Carnaval,
y convertido en Tenorio,
sin apellido notorio...

FABIAN. ¡Pillo!...

FEDER. Lancéme al Real.
Allí me puse al servicio
del diablo... Gocé sin tasa...
Mucha broma... mucha guasa...
Mas cansado del bullicio,
al romper una mazurka,
fuí á completar el bromazo
al *restaurant*, dando el brazo
á una griega y una turca.

FABIAN. ¡De allí saldria usted luégo
con dos... casi estoy seguro!

FEDER. ¡Ay, don Fabian! ¡En qué apuro
me ví!

FABIAN. Vendria algun griego
siguiéndole á usted las huellas.

FEDER. No señor: un bravucon
á quien pegué un pisoton
que le hizo ver las estrellas.
(Dándole un pisoton.)

FABIAN. ¡Ay!

FEDER. Eso dijo el doliente,
echando un taco redondo.
Me insulta, yo le respondo,
hay el cambio consiguiente
de tarjetas... el *cognac*
envalentona á cualquiera,
y yo le doy la primera
tarjeta que hallo en el frac.

FABIAN. ¿De otro?

FEDER. ¡De otro!

FABIAN. Eso atestigua
su prevision... Ya por dónde
sabe el tal...

FEDER. ¿Y quién responde
de que ese tal no averigua
mi nombre y mi paradero?

FABIAN. ¿Y cómo? No es fácil que halle...

FEDER. ¿Y si me encuentra en la calle?

FABIAN. Pudiera ocurrir...

FEDER. Yo espero...
si la fortuna me ampara,
que dé al olvido la historia
y se extinga en su memoria
el recuerdo de mi cara.
¡Si me dieran las viruelas!...

FABIAN. ¡Hombre, por un desafío!...

FEDER. ¡A muerte!

FABIAN. ¡Bah! Amigo mio,
descuide usted... no habrá esquelas
de defuncion...

FEDER. Sin embargo,
si ese hombre se empeña y viene...

FABIAN. Si viene, se le detiene
en sus iras.., yo me encargo
de apaciguarle.

FEDER. ¡Ay, doctor!

Usted mi esperanza alienta!
FABIAN. Con su razon y su cuenta.
FEDER. ¡Cómo!
FABIAN. Favor por favor.
FEDER. ¿Usted tambien necesita? (Asombrado.)
LOS DOS. ¡Silencio!
(Mirando alrededor, pero sin levantarse.)
FABIAN. Ha venido ayer
á este pueblo una mujer
muy bonita... ¡muy bonita!
Dispense usted si me hechizo
pensando en ella y la alabo,
y me engrío...
FEDER. ¡Bravo! ¡Bravo,
doctor! (Frotándose las manos.)
FABIAN. Y hasta poetizo.
De esas de mirada audaz
que responden á un «Te adoro»
con el arrullo sonoro
de la paloma torcaz:
cabeza flexible y breve,
boca cual rosa en el valle,
lindo hoyuelo, lindo talle,
pié pequeño y mano leve.
Su cabello es una red
que tejió el amor quizá...
FEDER. Y esa mujer ¿dónde está?
FABIAN. ¿Por qué lo pregunta usted?
FEDER. No, por nada; no es que á mi
me importe de su belleza.
FABIAN. Pues, franqueza por franqueza:
vive muy cerca de aquí.
FEDER. Don Fabian, ¡yo me confundo!
FABIAN. ¿Por qué?
FEDER. Porque esto es muy grave:
si doña Casta lo sabe...
FABIAN. ¡Si lo sabe todo el mundo!...
FEDER. ¿Que adora usted á esa bella?
FABIAN. No, que está bajo mi amparo.
FEDER. ¡Qué descaro!
FABIAN. No, el descaro

es de ella.

FEDER. ¡Cómo!...

FABIAN. De ella.
Yo la conocí en Algete

FEDER. ¡Buen pueblo!

FABIAN. Y la di al olvido...
Yo quiero ser buen marido,
pero ella me compromete.
Despues la ví en Aravaca,
y hoy me viene persiguiendo,
y fingiendo...

FEDER. ¿Qué?

FABIAN. Fingiendo
¿qué dirá usted? que es maniaca.

FEDER. ¡Ah, pícara!

FABIAN. ¡Qué mujeres!

FEDER. ¿Y está bien en su manía?

FABIAN. ¡Colosal! Hoy me decia:
«¿Qué más quieres? ¿qué más quieres?
De hoy más me puedes mirar;
de hoy más te puedo yo ver,
y no nos podrán morder
los brutos de este lugar.»

FEDER. Mil gracias.

FABIAN. Hay ocasiones
en que finge de tal suerte,
que me asusto.

FEDER. ¿Conque es fuerte
en fingir perturbaciones?...

FABIAN. Nuestra ayuda será activa.

FEDER. No cabe desconfianza.

FABIAN. Auxilio mutuo.

FEDER. Alianza
ofensiva y defensiva.

FABIAN. No se nos vaya una frase...

FABIAN. Ni una palabra siquiera...

FABIAN. Si mi mujer comprendiera...

FEDER. Si Caridad sospechase...
Y luégo, nuestra opinion,
nuestra fama...

FABIAN. ¡Digo!... ¡digo!...

FEDER. Usted don Fabian amigo,
pasa por un bonachon.
FABIAN. Y usted por un infeliz...
FEDER. Es preciso ser muy cautos.
FABIAN. Si llegan á estar en autos...
FEDER. Si saben nuestro desliz...
FABIAN. ¡Qué dirán en Leganés!
FEDER. ¡Silencio!
FABIAN. ¿Quién?
FEDER. Caridad.
¡Prudencia!
FABIAN. ¡Serenidad!
FEDER. (¡Qué pillo!)
FABIAN. (¡Qué tuno es!)

ESCENA VII.

Los mismos y CARIDAD.

FEDER. Tú... tú... tú... tú...
FABIAN. Ta... ta... ta...
CARIDAD. ¿Están ustedes cantando
un duo?
FABIAN. Sí.
FEDER. Como somos
los dos tan aficionados...
FABIAN. Federico recordaba
el duo aquel del *Traviatto*,
que diga, la *Traviatta*.
CARIDAD. Ah, sí.
FEDER. Aquello de... *Bebíamos,*
bebíamos, bebíamos...
FABIAN. ¡Aprieta!
CARIDAD. ¡Jesus, qué voz!
FABIAN. Voz de gallo.
FEDER. Estoy un poco...
FABIAN. Sí, afónico.
CARIDAD. ¿Sabes lo que estoy pensando?

Que debias acostarte
á dormir.

FEDER. ¿Dormir?

CARIDAD. Un rato,
¿verdad?

FABIAN. No hallo inconveniente.

FEDER. Pero si no estoy cansado...

CARIDAD. ¡Por fuerza!

FEDER. Que no, hija mia.

CARIDAD. Toda la noche velando
á un enfermo...

FABIAN. ¡Pobrecillo!

CARIDAD. ¡Y grave!

FABIAN. ¿Grave? ¡Qué diablo!

CARIDAD. Doña Casta ya lo dijo
al entrar:... está muy pálido.
¿Verdad?

FABIAN. Un poco.

CARIDAD. Yo creo
que tiene fiebre.

FEDER. (¡Canastos!
¿A que me ponen á dieta?)

CARIDAD. ¿Quiere usted pulsar?

FABIAN. Veamos...
Psth... un poco intercadente:
se conoce que ha bailado,
es decir, que ha estado en danza...

CARIDAD. Ya comprendo... ¡No es extraño!
Los enfermos necesitan...

FEDER. (¡No quiero dormir!)

FABIAN. Pues vamos,
no necesita del sueño,
no señora, no... á sus años
la sangre corre impetuosa...

FEDER. Y que yo sólo descanso
de noche.

FABIAN. Sí, ya se advierte....

CARIDAD. Disponiendo bien el cuarto...

FEDER. Y además, que no he ido á misa...

FABIAN. Ah, entónces...

FEDER. Es necesario

que vaya á cumplir...

CARIDAD. Pues mira,

no habia yo reparado...

FEDER. Tú, siguiendo tu costumbre,

la habrás oido temprano...

CARIDAD. A las seis.

FEDER. ¿Y usted?

FABIAN. (Distraido.) Tampoco;

pero iremos...

FEDER. Pues andando,

que deben estar las once

al caer... Son ménos cuarto.

¡Adios, mi bien!

FABIAN. (¡Y la mima!)

CARIDAD. No tardes mucho.

FEDER. No tardo.

FABIAN. (¡Y la besa! ¡Qué embustero!

¡Y oye misa! ¡Qué sarcasmo!)

CARIDAD. (Hablando aparte con don Fabian.)

Doctor, diga lo que diga,

temo que se ponga malo.

FABIAN. ¡Qué ha de ponerse!

CARIDAD. Confio

en usted.

FABIAN. Queda á mi cargo.

(Vánse los dos.)

ESCENA VIII.

CARIDAD sola.

Y ahora, miéntras dan la vuelta,
leeré. (Se sienta.) Pero ¡qué obstinado
es Federico! (Revuelve los libros.) *Fabiola*...
lo he leido tres ó cuatro
veces... *Atala*... doscientas...
Bertoldo, mil... ¿Dónde he echado
yo? ¡Ah, sí! Aquí está... *La perfecta
casada*... El mejor regalo,
segun dice Federico.
Y sí será. (Riéndose.) ¡Qué cuidado

pone en traerme lectura
ejemplar! Pero él en cambio
lee unas novelas que tienen
unos títulos tan raros...
El otro dia ví una
en la mesa del despacho...
La camisa de la Lola.
¡Vaya un nombre estrafalario
de libro! Y tambien le gusta
Paul de Cock... Aunque pensando
piadosamente, presumo
que no es que le guste... ¡Es claro!
¡Qué ha de gustarle un ingenio
de color tan pronunciado!
Lo que ocurre es que ha leido
lo bueno... y busca lo malo
por alternar...

ESCENA IX.

CARIDAD y NICOLÁS.

NICOLÁS. (Dentro.) ¡Há de casa!
¿Doña Caridad Manzano
de Rojas?

CARIDAD. ¡Calla!... ¡Preguntan
por mí!...

NICOLÁS. Pase usted recado,
y anuncie usted á su primo
don Nicolás.

CARIDAD. ¡Cielo santo! (Con júbilo.)

NICOLÁS. ¿Está en la sala? Corriente;
no es preciso...
(Sale á escena.)

CARIDAD. ¿Estoy soñando?
¡Nicolás!

NICOLÁS. ¡Cómo! ¿Es posible?
¿Eres tú? ¡Venga un abrazo!

CARIDAD. ¡Y cien!

NICOLÁS. ¡Chica!

CARIDAD. ¡Qué sorpresa!

NICOLÁS. ¿Sabes, hija, que has cambiado
de un modo?... ¡Estás portentosa!
(¡Vaya si lo está... canario!)

CARIDAD. Siéntate... ¿Y tus padres?

NICOLÁS. (Con mucha desenvoltura ahuecándose el cabello.)
Buenos.
En Berlin los he dejado...
¿Y tu marido?

CARIDAD. En la iglesia.

NICOLÁS. ¡Hola! ¿Con que es buen cristiano?

CARIDAD. Bueno en todo.

NICOLÁS. ¿Y rico?

CARIDAD. Me ama.

NICOLÁS. Bien. ¿Y esta casa de campo
es suya?

CARIDAD. Sí.

NICOLÁS. ¡Muy bonita!
¿Estarás aquí de paso?

CARIDAD. Soy labradora.

NICOLÁS. ¡Magnífico!
Pues chiquilla, no me canso
de verte... ¡Estás deliciosa!

CARIDAD. No seas exagerado.

NICOLÁS. De veras.

CARIDAD. Con que tus padres...

NICOLÁS. Van siguiendo paso á paso
mi carrera.

CARIDAD. ¡Pobres tios!

NICOLÁS. ¡Me tienen sacrificado!

CARIDAD. Nicolás, no digas eso.

NICOLÁS. ¡Si no me dejan!

CARIDAD. ¡Ingrato!
¿Y eso te duele?

NICOLÁS. Oye y juzga.
Me nombraron agregado
en Berlin, y á los diez dias,
¡paff! ¡los dos!

CARIDAD. ¡Te quieren tanto!

NICOLÁS. Despues marché con ascenso
á Stokolmo, y en el acto
dispusieron la partida

y á Suecia.

CARIDAD. Dan muchos ánimos
los hijos.

NICOLÁS. Al año justo,
fuí de primer secretario
á Rusia.

CARIDAD. ¿Y fueron?

NICOLÁS. ¿Si fueron?
Y... ¡pásmate! ¡no se helaron!

CARIDAD. Es que la vista de un hijo
da un calor extraordinario...
bien lo sabes.

NICOLÁS. Y hace poco
de nuevo me trasladaron
á Berlin, y allí los tienes
dispuestos á dar el salto
por quinta vez, y marcharse
el dia ménos pensado
á los Estados-Unidos
ó á China, tan campechanos,
tan frescos, como te irias
tú á Chamberí ó á Buitrago.

CARIDAD. ¡Dichoso perseguimiento!

NICOLÁS. No tanto, chica, no tanto.
Ya sabes que á mí me gusta
la libertad... que mis hábitos
son distintos...

CARIDAD. Sí, ya tengo
noticia de que has dejado
buena fama en todas partes.

NICOLÁS. ¡Psth!

CARIDAD. Sé que has tenido varios
lances de honor...

NICOLÁS. Poca cosa...
Los maridos son tan sandios...

CARIDAD. ¿Qué dices?

NICOLÁS. Chica, no creas
que yo los he provocado,
ni vayas á presumirte
que soy un sér legendario,
ni un bravucon pendenciero,

ni un matachin infatuado.
Lo que sucede es que muchas
veces se vienen rodando
los lances... y no hay remedio,
Caridad, hay que afrontarlos.

CARIDAD. Si tú no los provocaras...

NICOLÁS. Pero si salen al paso...

CARIDAD. ¡Bah, bah!

NICOLÁS. Ayer, sin ir más léjos,
me tropecé en el teatro
Real con un majadero,
un cursi..

CARIDAD. Y tuviste...

NICOLÁS. ¡Es claro
que tuve!

CARIDAD. (Asustada.) ¿Y vas á batirte?

NICOLÁS. ¿Qué he de hacer? Es necesario
enseñar al que no sabe
beber.

CARIDAD. Ah, no; si has pensado
que despues de tanto tiempo
vuelves aquí para darnos
un disgusto, te equivocas.

NICOLÁS. No tengas miedo; no trato
de hacer que llegue la sangre
al rio.

CARIDAD. Pero...

NICOLÁS. Un sablazo
que le baje un poco un hombro,
ó le deje derrengado,
para escarmiento de necios.

CARIDAD. ¡Qué horror!

NICOLÁS. Lo bueno es que me hallo
de *ocultis.*

CARIDAD. ¿Qué?

NICOLÁS. Sin licencia.

CARIDAD. Y has ido á dar un escándalo
á un baile para que sepan
todos...

NICOLÁS. No; en eso fuí cauto:
ni dí mi nombre, ni quise

prolongar el espectáculo...
y ya arreglaré de modo...

CARIDAD. Pues, hijo, te has engañado,
porque ya te tengo preso
en Leganés.

NICOLÁS. (Riéndose.) Es el caso
que justamente se encuentra
en Leganés mi contrario.

CARIDAD. ¿En Leganés?

NICOLÁS. Lo que oyes.

CARIDAD. Si este es un pueblo de cuatro
vecinos, todos muy buenos...

NICOLÁS. Pues hay alguno que es malo.
(Remedándola.)

CARIDAD. Vamos, te digo...

NICOLÁS. Te digo
que aquí vive un mamarracho
suripantesco.

CARIDAD. ¡Imposible!
De fijo te han engañado.
¿Cómo se llama?

NICOLÁS. Se llama...

ESCENA X.

Los mismos, FEDERICO, Don FABIAN y Doña CASTA.

FEDER. Pues señor, muy bien; ya estamos
de vuelta todos.

NICOLÁS. (Poniéndose en pié.) ¿Qué miro?
¡Él!

CARIDAD. ¿Quién es él?

FEDER. (¡Cielo santo!
¡Aquí don Rufo Quiñones!)
Caballero... usted...

NICOLÁS. Yo...

FEDER. Acaso
viene usted...

NICOLÁS. Yo vengo...

FABIAN. Él viene...

verbo venir...

CASTA. (¿Qué haces, Fabian?)

FABIAN. (Tomo datos,
por si esta gente comienza
á sentir algun amago.)

CARIDAD. ¿Ustedes se conocian?

NICOLÁS. Nosotros...

FEDER. No, yo no caigo...

CARIDAD. Como al entrar mi marido
te quedaste estupefacto...

NICOLÁS. ¿Tu marido?

CARIDAD. Y tú á la vista
de mi primo te has quedado...

FEDER. ¡Cómo! ¿El señor es mi primo?
¡Ay, primo! ¡Venga un abrazo!
¡Cuántos deseos tenía
de conocerte... y cuán gratos
son para mí estos momentos!
¡Pues poco que hemos hablado
Caridad y yo del primo
que teníamos viajando
por esos mundos!...

NICOLÁS. Mil gracias!

FEDER. (¡Por piedad!)

NICOLÁS. (¡Pierda cuidado!)
¿Con que tú eres Federico?

FEDER. El mismo... el mismo.

NICOLÁS. (¡Ah falsario!
¡Tiene su nombre de guerra!...
No le hacia yo tan largo.)

CARIDAD. Bien: pero vamos á cuentas,
porque yo...

FEDER. ¿Pues qué ha pasado?

CARIDAD. Permíteme que relate
el suceso,... al fin y al cabo
ha de saberse.

FEDER. ¿Qué es ello?

CARIDAD. Que ayer tuvo en el teatro
Nicolás un desafío
con un pobre mentecato.

FEDER. ¿Un mentecato?
CARIDAD. Sí; un cursi
suripantesco...
FEDER. (¡Canario!)
CARIDAD. Son sus palabras.
FEDER. (¡Qué idea
tan ventajosa ha formado
de mí!)
NICOLÁS. Yo me referia...
CARIDAD. Permite, que pronto acabo.
FABIAN. *(¡Malorum, malorum causa!)*

(Doña Casta al ver los gestos de don Fabian, se retira recelosamente.)

CARIDAD. Y estando en este relato
llegas tú, y mi primo dice:
«¿Qué miro?... ¡Él!»
NICOLÁS. ¿Y tú?
FEDER. ¡Ya caigo!...
¿Has presumido? ¡Divino!
LOS DOS. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!
NICOLÁS. ¿Tú has sospechado
que éste?...
FEDER. ¿Que yo?...
NICOLÁS. ¡Tiene gracia!
FEDER. ¡Qué *quid pro quo* tan salado!
Pero, hija mia...
CARIDAD. Confieso
que he tenido un sobresalto
horrible, y que todavía...
todavía...
FEDER. ¡Por Dios santo!
¿Tengo yo facha de cursi?
NICOLÁS. ¿Puede ser un mamarracho
tu marido?
CARIDAD. Yo no quiero,
Federico, hacerte agravios.
NICOLÁS. Y en prueba de todo, mira
la tarjeta que me ha dado
mi rival... Aquí la tienes.
«Fabian Gonzalez Castaño,
licenciado en medicina.»

CASTA. ¡Mi marido!!!
CAR. y NIC. ¡Qué!
FABIAN. ¡Canario!
¿Qué dice usted?
NICOLÁS. (Aturdido.) ¡Caballero!
FABIAN. ¡Poco á poco! Yo no paso...
FEDER. (¡Don Fabian, usted me pierde!)
CASTA. ¡Con que es decir, que has estado de baile!
FABIAN. ¿Yo?
CARIDAD. ¡Doña Casta! (Conteniéndola.)
CASTA. ¡Infame!
FABIAN. ¡Hombre, por los clavos de Cristo, hable usted!
NICOLÁS. Corriente, hablaré...
FEDER. (¡Calla!)
NICOLÁS. (¡Pues callo!)
CASTA. *¡Suripantesco!* ¡Dios mio!
¡Ay! ¡A mí me va á dar algo!
CARIDAD. ¡Don Fabian... pronto!
FABIAN. ¡Esto clama á los cielos!...
NICOLÁS. ¡Qué chubasco!
FABIAN. (Corriendo á auxiliar á Doña Casta y haciéndola aire con el faldon de la levita.)
¡No, no, hija mia!...
(Volviendo á insistir con Nicolás.)
¡Es preciso!
CARIDAD. ¡Don Fabian!...
FABIAN. Voy... (El mismo juego.)
FEDER. (A Nicolás.) (¡Me has matado!)
NIC. y CAR. (Quién habia de creerlo!)
FAB. y FED. (Quién habia de pensarlo!)

(Todos hablan y gesticulan al mismo tiempo. Movimiento y confusion consiguientes.—Telon rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

NICOLÁS, Don FABIAN y FEDERICO.

NICOLÁS. Vaya, parece imposible
que estés tan atolondrado.
En resúmen, ¿qué ha pasado?
Nada, una cosa risible.
¿Que has ido á un baile? No creo
que haya mal en ir á un baile.
¿Vas á estarte como un fraile
en su celda? No, no creo
que así te quiera tratar
mi prima, que al fin y al cabo
tú no eres, chico, un esclavo
comprado en Madagascar.
FEDER. Bastante causa ha tenido
con mi engaño.
NICOLÁS. No es bastante.
¿Si las engaña un amante,
no ha de engañar un marido?
Yo viví siempre engañando,
y así se vive mejor.
¿En qué piensa usted, doctor?
FABIAN. Le estoy á usted observando.
FEDER. Pero ¿su opinion de usted?
FABIAN. Mi opinion es muy sencilla:
que doble usted la rodilla,
y que implorando merced

entone el *yo pecador.*

NICOLÁS. ¿Y que su culpa propale?
Eso no, nunca; más vale
ser mártir que confesor.

FABIAN. Yo en la experiencia me fundo.

NICOLÁS. Yo me fundo en la experiencia;
usted tendrá mucha ciencia,
pero yo tengo más mundo.

FABIAN. Mas tenga usted entendido
que si persiste en su engaño,
yo soy quien recibe el daño,
pues está comprometido
mi buen nombre. Mi opinion
ya pone en duda mi Casta,
y esto francamente...

NICOLÁS. ¡Basta!
¡No está usted mal camastron!

FABIAN. ¡Don Nicolás!

NICOLÁS. No se explica
que no se muestre indulgente,
cuando esta farsa inocente
en nada le perjudica.
Un marido y su mitad,
y es una verdad probada,
ó viven en paz armada
ó en perpetua hostilidad.

FABIAN. Pero ¿y qué?

NICOLÁS. Que es necesario,
si es que se quiere vencer,
que tenga algo que temer
de nosotros el contrario.

FEDER. Tienes razon, me decido;
no confieso.

NICOLÁS. Harás muy bien.
Nadie salió de un belen
jamás sin haber mentido.

FABIAN. Pero...

NICOLÁS. ¡Silencio, doctor!

FABIAN. Pero es que yo...

FEDER. (¡Punto en boca,
ó cuento lo de la loca!)

FABIAN. ¡Hombre!...
FEDER. (¡Favor por favor!)
NICOLÁS. Saldremos de dudas pronto.
La mujer—lo sé al dedillo—
perdona al hombre que es pillo,
pero no perdona al tonto.
Recuerdo que en Inglaterra
empecé á hacer el amor
á una mujer, un primor,
¡la gloria de aquella tierra!
Bajo la blanca escayola
de su hermosa tez británica,
guardaba el alma volcánica
de una morena española.
Correspondió á mi pasion
despues de muchos rodeos,
y á mis amantes deseos
rindió al cabo el corazon.
Pero una noche,—esto era
lo que contarles queria,—
estaba yo en compañía
de esa mujer hechicera.
En su elegante *boudoir*
pude al fin ser recibido
en ausencia del marido
que se fué al campo á cazar.
Iluminaba la estancia
una luz tibia y serena:
la atmósfera estaba llena
de encantadora fragancia.
Ella amante... yo rendido...
la pasion viva y despierta...
De pronto se abre la puerta
y se presenta el marido.
Diablo, chico... ¡qué bromazo!
Fué un lance de lo mejor.
¿Qué dirá usted que hizo el lord?
FABIAN. ¿Le dió á usted un garrotazo?
FEDER. ¿Te dió una estocada á fondo?
FABIAN. Le... (Boxeando.)
NICOLÁS. Cá, no... me levanté,

saludó... le saludé...
y nada... punto redondo.
Pues con tono epigramático
hice creer al simplon
que iba allí por la gestion
de un asunto diplomático.

FABIAN. ¡Pues señor, esa no cuela!

NICOLÁS. Le aseguro firmemente...

FABIAN. O era el lord más inocente
que un chiquillo de la escuela.

NICOLÁS. Pues donde llegó á su colmo
mi *bonheur*...

FABIAN. ¿Eh?

NICOLÁS. Mi fortuna,
fué en mis amores con una
secretaria en Stokolmo.
En dos palabras explico
á ustedes toda la historia.

FABIAN. (Con aire de tristeza.)
Monomanía amatoria.
¡Pobre chico! ¡Pobre chico!

NICOLÁS. Pues señor...

FABIAN. Y va de cuento.

NICOLÁS. Hombre, ¡qué duda más terca!
Hace un año...

FEDER. Alguien se acerca...
Son ellas. Calla un momento.

FABIAN. (A Federico.)
¿Conque usted no dirá?...

FEDER. ¡Quiá!
Yo me callo como un muerto.

FABIAN. Yo hablaré.

FEDER. Cá, no por cierto;
usted tambien callará.

ESCENA II.

Dichos, CARIDAD y Doña CASTA con velos y devocionarios, que dejarán sobre la mesa.

NICOLÁS. Señoras... (Adelantándose.)

CASTA. Muy buenos dias.

FEDER. Felices...
CARIDAD. ¡Caro doctor!...
FABIAN. Señora, tengo el honor...
CASTA. ¿Tú aquí?
FABIAN. Sí.
CASTA. ¿Pues no decias
que hoy tendrias la mañana
ocupada?
FABIAN. Despaché
ántes de lo que pensé.
FEDER. ¿Te ayudo?
CARIDAD. No; ¡buena gana!
¿Para qué? No necesito...
FABIAN. ¿Vienes cansada?
CASTA. Bastante. (Se contemplan.)
No hay un marido tunante
que no sea mimosito.
FEDER. ¿Conque de la iglesia?
CARIDAD. Sí.
FEDER. ¡Pues largo lo habeis tomado!
¡Dos horas habeis tardado!
¿Qué haceis tanto tiempo allí?
CARIDAD. ¿Y qué hemos de hacer? Rezar.
FEDER. Pues por el tiempo, á Dios llega
vuestro ruego.
CARIDAD. Hay quien le ruega
sin que Él la quiera escuchar.
(Se sientan. Nicolás de pié en medio.)
FABIAN. ¿Conque de rezar?
CASTA. ¿Te irrita?
FABIAN. ¡No os disteis mala faena!
CASTA. Venimos de la novena.
FABIAN. ¿La novena?
CASTA. ¡A Santa Rita!
FABIAN. Tu devocion no condeno,
pero tu empeño es risible.
¿Pides algun imposible?
CASTA. Sí tal; que Dios te haga bueno.
NICOLÁS. (¡Pues señor, vaya un cuarteto!
¡Cada cual gira en su esfera!
Voy á ver si hallo manera

de convertirlo en quinteto.)
¡Ejem! (Se callan.) Señora... (A Doña Casta.)

CASTA. Dispense usted.

NICOLÁS. Federico... (Yendo á su lado.)

FEDER. Permíte un instante, chico.

NICOLÁS. Don Fabian...

FABIAN. No puedo ahora.

NICOLÁS. Prima...

CARIDAD. Perdona un momento.

NICOLÁS. (Pues de su lado me alejan...
ya que cantar no me dejan,
haré el acompañamiento.)

(Siéntase al piano y ejecuta unas variaciones, ó coge un papel de música y tararea.)

FEDER. (A Caridad.)
Cesen tus cavilaciones...
¿No es mi conducta ejemplar?
¿Qué motivos puedo dar
de enojos y disensiones?

CARIDAD. ¡Pero si no tengo nada!
¡Callo! ¿Qué más puedo hacer?

FEDER. ¡Es que no te quiero ver
tan triste y preocupada!

CARIDAD. ¿Yo triste? (Siguen hablando.)

FABIAN. ¡Estás muy jovial!

CASTA. ¡Vaya! ¡Mucho! (¡Fementido!)
¿Y estaba muy concurrido?

FABIAN. ¿Qué cosa?

CASTA. El baile del Real.

FABIAN. ¡Otra vez! (Con enojo.)

CASTA. ¡Hola! ¿Te pesa?

FABIAN. Es que ya en locura toca.

CASTA. Es preferible estar loca
á ser tonta. (Chúpate esa.)

NICOLÁS. (¡Hay nube! ¡Bien! Sus favores
lograré si soy resuelto,
que siempre á rio revuelto
ganancia de pescadores.)

FEDER. ¿Pero es que dudas de mí?
¿De mi cariño sincero?

CARIDAD. Federico...

FEDER. No, no quiero,
no quiero que estés así

(Se miran con arrobamiento. Nicolás toca ó canta *Las habas verdes.*)

FABIAN. Son mis costumbres severas.

CASTA. No, hijo mio; aunque me avengo
á callar, no es porque tengo
tan anchas las tragaderas.
Tu oratoria persuasiva
ni me humilla ni me vence.

FABIAN. Mas...

CASTA. Nada, no me convence;
me callo y trago saliva.

(Nicolás toca ó tararea *Al alimon, al alimon*, etc.)

FABIAN. Ya te he dicho...

FEDER. (A Caridad.) Fué el doctor.
Fíate del agua mansa...

CARIDAD. Pero...

FEDER. Está que no descansa
con ese endiablado amor...

CARIDAD. Y ella ¿quién?

FEDER. Una coqueta,
ó peor... una mujer.... (Siguen hablando.)

CASTA. ¿Me quieres hacer creer
que no es tuya la tarjeta?

FABIAN. ¿Y eso prueba?

CASTA. Tus delitos.

FABIAN. Yo callé por evitar
un disgusto.

CASTA. ¡Vaya un par!...
¡Vaya un par de mariditos!

FABIAN. En fin, las paces hagamos.

CARIDAD. ¿Me juras?

FEDER. ¡Con toda el alma!
¿Para qué vivir sin calma
si con pasion nos amamos?

NICOLÁS. (¡Hola!)

FABIAN. Lo digo formal.

CASTA. (Tendiéndole la mano.)
Aunque no estoy convencida...

FEDER. Siempre eres luz de mi vida. (A Caridad.)
NICOLÁS. (Evitemos el final.)
¡Primos!
FEDER. (Como si se apercibiera entónces de su presencia.)
¿Eh? ¿Tú?
CARIDAD. ¡Qué cachaza
tienes!
NICOLÁS. ¡Oh! ¡Mucha!
FEDER. ¿Por qué
no hablaste?
NICOLÁS. Ya lo intenté,
mas no pude meter baza.
FEDER. Perdona estas groserías.
NICOLÁS. ¡Qué disparate!
CARIDAD. Perdona...
NICOLÁS. ¿Quieres callarte?... ¡Qué mona,
qué mona estás!
FEDER. ¿Qué decias?
NICOLÁS. Nada, su hermosura encomio.
CARIDAD. Primo, belleza de aldea...
FEDER. ¡Oh! Se me ocurre una idea...
Vámonos al manicomio.
Lo veremos. ¿Quieres?
NICOLÁS. Chico,
ese espectáculo...
FEDER. Vamos.
Dicen que todos lo estamos.
¿Don Fabian?
FABIAN. ¿Don Federico?
FEDER. Mi primo tiene intencion
de visitar sus clientes.
FABIAN. ¿Mis clientes?
FEDER. Los dementes.
FABIAN. Siempre á su disposicion.
FEDER. Entónces vamos andando.
NICOLÁS. Pero hombre...
FEDER. Ven y verás...
NICOLÁS. Vamos, pues.
FABIAN. (No está demas
que se vaya acostumbrando,
porque este... Y es un dolor;

pero al fin vendrá á caer...)
FEDER. (Veré á ver si puedo ver
á la loca del doctor.)
FE. y NI. Adios.
CARIDAD. Hasta luégo.
CASTA. Adios.
CARIDAD. De los dos engaña alguno.
¿Cuál de los dos será el tuno?
CASTA. Probablemente los dos.
(Vánse los tres por el fondo.)

ESCENA III.

CARIDAD y Doña CASTA.

CASTA. (Con gran interes.)
¿Qué te ha dicho Federico?
CARIDAD. Me asegura que no fué
al baile, y echa la culpa
á su marido de usted.
CASTA. Lo mismo dice Fabian
del tuyo.
CARIDAD. ¿Tambien?
CASTA. Tambien.
¡Ay! ¡Qué engañadas vivíamos!
¿Quién creyera en tal doblez?
He contado el lance á algunas
amigas de buena fe,
y todas me han dicho á coro
al oir mis quejas:—«¿Quién,
tu marido?... ¡Es imposible!
Es la misma candidez,
es un buen señor, un ángel...»
Sí, sí, patudo.
CARIDAD. Está bien.
CASTA. Ahora comprendo la causa
de su conducta, de aquel
empeño en decir que yo
ya sentia amagos de
locura... ¡Qué más quisiera!

CARIDAD. ¿Pero qué vamos á hacer?
CASTA. No sé... ¡Yo que tú armaria
la de Dios es Cristo!
CARIDAD. ¿Y qué
voy á lograr del escándalo?
¿Puedo atraerme con él
—si por mi mal la he perdido—
de Federico la fe?
No con gritos y amenazas
logra el pastor atraer
la oveja que se estravía
de su redil á la red.
Otras armas al combate
debe aprestar la mujer
para ceñir á su frente
de la victoria el laurel.
CASTA. ¿Y cuáles son?
CARIDAD. La dulzura,
la apacible sensatez,
la prudencia provechosa
y el cariñoso interes.
CASTA. Cuanto más fiel es la hembra
es el hombre más infiel.
Ay, si yo no me encontrara
al borde de la vejez,
y en vez de cuarenta Eneros
disfrutara veintitres
Abriles, como tú tienes,
y ese talle, y esa tez,
y esos cabellos de oro,
y ese dulce no sé qué,
te aseguro que yo haria
arrepentirse al infiel
que no fuera á fuego ajeno
si viera su casa arder.
CARIDAD. Doña Casta, esas doctrinas
no están bien.
CASTA. Mas...
CARIDAD. No están bien.
CASTA. Como ellos están muy ciertos
de nuestro amor y honradez,

se echan los dos en el surco
diciendo:—«Aquella mujer,
aquella infeliz, que pene,
seguro estoy de su fe;
por lo tanto, ancha es Castilla,
viva el amor y el placer,
que si un dia me fastidio,
ó se mueve un somatén,
ó me amenaza un chubasco,
á mi casa volveré;
y al ver que vuelvo, está claro,
se callará y dos más tres.»

CARIDAD. Es verdad.

CASTA. ¡Pues ya lo creo!

CARIDAD. ¿Pero qué le hemos de hacer?
Siempre fué ley la costumbre.

CASTA. ¡Pues bonita está la ley!

CARIDAD. ¡De modo que los dos niegan!

CASTA. ¡Contenerme no podré
cuando le vea!

CARIDAD. ¡Prudencia!
Ante todo hay que tener
pruebas.

CASTA. ¿Qué? ¿No son bastantes
las que tenemos?

CARIDAD. No á fe.
Quizás la pasion nos mueve,
y en lances de tal jaez
hay que asegurarse mucho
para no echarlo á perder.
¿Al lado de dos enfermos
dicen que estuvieron? Bien:
yo me informaré del uno;
del otro se informa usted.
Voy á escribir á los padres
de Sandoval; mandaré
la carta con el sobrino
del jardinero; volver
puede á la noche, y sabremos...

CASTA. Yo tambien me informaré
de si pasó ó no la noche

junto á esa pobre mujer.
¡Ay de ellos si nos engañan!
CARIDAD. ¡Ay de nosotras!
CASTA. Eso es.
CARIDAD. Siempre el daño será nuestro.
CASTA. ¡Pero estamos en Belem!
Tu primo está en el secreto.
CARIDAD. Sí.
CASTA. Pues pregúntale á él.
CARIDAD. Los hombres siempre se encubren.
CASTA. No importa. Vamos á hacer,
sondeándole con maña,
que nos cuente...
CARIDAD. Le hablaré.
CASTA. ¡Como me engañe... me muero!
CARIDAD. ¡Ay de mí si me es infiel!

ESCENA IV.

Las mismas. NICOLÁS muy agitado y con el traje algo descompuesto entra precipitadamente.

NICOLÁS. ¡Socorro! ¡Favor!
CASTA. ¿Qué es eso?
CARIDAD. ¿Qué te pasa?
NICOLÁS. No lo sé;
que me parece que emigro
hoy mismo de Leganés.
Prima, vengo horrorizado.
CARIDAD. Pero sepamos de qué.
NICOLÁS. Del manicomio. Tu cónyuge,
queriéndome distraer,
tuvo la buena ocurrencia
—¡perdónele Dios amén!—
de llevarme á ver los locos...
¡Qué ratito! ¡Qué placer!
Vimos el jardin... ¡Soberbio!
La enfermería... ¡Muy bien!
¡Órden completo! Admirable
limpieza, celo, interes

por los enfermos. ¡Magnífico!
¡Yo anhelaba enloquecer
sólo por gozar la calma
que en aquel sitio observé!...
Pero despues... ¡Dios eterno
lo que me pasó despues!...
Iba yo gastando bromas
con su marido de usted,
cuando al abrir una puerta
y traspasar su dintel,
me encontré con unos locos
—por lo ménos ocho ó diez,—
que al verme entrar se quedaron
pegados á la pared.
Quiero salir, mas mi primo
me cierra la puerta: al ver
los locos que estaba solo
acuden á mí en tropel.
Uno me tira del pelo,
otro me da un puntapié,
éste me cuenta una historia,
me aturde á gritos aquél.
Uno me hace que le bese
la mano, porque es el rey,
y al ver esto, otro colega
salta furioso sobre él.
Me interpongo entre los dos
para evitar un belen,
y todos conmigo cierran
con tenacidad cruel.
Se abre la puerta de pronto;
salgo diciendo: «libré
el pellejo» y ¡zás! me encuentro
una mujer... ¡Qué mujer!
Un ángel; con voz melosa
me llama, caigo en la red,
voy tras ella fascinado,
nos hallamos unas seis
mujeres; todas me miran
con aire de estupidez...
De pronto dice una de ellas:

—«No me engaño, justo, es él.»
Y todas gritan á coro
llenas de furor:—«¡Él es!...
Ingrato, falso, perjuro,
traidor, apóstata, infiel.»
Hé aquí todos los epítetos
dulcísimos que escuché
con un acompañamiento
que puso en riesgo mi piel.
Locas de amor me pedian
cuentas de olvidada fe;
y como entre aquellas pobres
tenía yo dos ó tres
víctimas, en mi conciencia
se despertó un no sé qué,
que unido al martirio físico
me obligó á echar á correr
y á salir atropellando
diez loqueros, un bedel,
dos practicantes, un cura
y un teniente coronel
que manda, segun me han dicho,
el regimiento del rey.
Y aquí estoy, echando pestes
de su marido de usted,
del tuyo, del manicomio,
y de mí y de Leganés

CARIDAD. Pesada ha sido la broma.

NICOLÁS. Pero yo me vengaré.

CARIDAD. No, Nicolás; yo te ruego...
Quizás ellos sin querer
te dejaron...

NICOLÁS. No lo creas:
era con *arriere pensée*.

CASTA. ¿Qué dice usted?

NICOLÁS. Que lo habian
pensado con madurez.
Y esto no se hace conmigo.

CARIDAD. Mas...

NICOLÁS. Me decido á *filer*,
y no pido satisfagan

ofensas de este jaez
porque tú medias, si no
verían.

CARIDAD. No puede ser;
tú no te marchas.

NICOLÁS. Yo, prima...

CASTA. No, no se marcha.

NICOLÁS. ¿Por qué?

CASTA. Porque hace falta.

NICOLÁS. ¿Yo falta?

CARIDAD. Sí, Nicolás.

NICOLÁS. ¿Pero á quién?

CASTA. Es usted muy pillo.

NICOLÁS. ¿Cómo?

CARIDAD. Sí, Nicolás.

NICOLÁS. (¡Oh *bonheur!*
¡Me suplica que me quede!
¡Ah, primo, ya me vengué!)

CARIDAD. (Empiece usted.) (A Casta.)
(A Nicolás.) Hasta luégo.

NICOLÁS. ¡Qué! ¿Te vas? (Sorprendido.)

CARIDAD. Vengo despues
y hablaremos mucho... mucho.

NICOLÁS. Corriente, te esperaré.
(Pues señor, ya la he flechado.
Otra más; ¡pobre mujer!)

ESCENA V.

—

Doña CASTA y NICOLÁS.

CASTA. ¿Conque tan mala pasada
le han hecho á usted?

NICOLÁS. Sí, en verdad;
y no esperaba yo eso
de una gente tan formal.

CARIDAD. En cuanto á su primo, pase;
pero lo que es mi Fabian,
por más que él es muy bromista
cuando tiene intimidad

con las personas...

NICOLÁS. *¡Mon Dieu!*
no trataré de intimar
yo con él.

CASTA. Por fuerza ustedes
se conocian...

NICOLÁS. No.

CASTA. ¡Bah!
de fijo.

NICOLÁS. Se lo aseguro

CASTA. ¡Ya está usted buen perillan!

NICOLÁS. ¡Señora!...

CASTA. No, no me ofende...
lo encuentro muy natural;
jamás un lobo á otro lobo...
Por mí puede usted hablar;
yo no me asusto de nada.

NICOLÁS. ¡Ya lo creo! (¡Un carcamal!)

CASTA. Yo no soy como son otras...
por ejemplo... Caridad.

NICOLÁS. Hablemos de ella.

CASTA. Sí, hablemos.
La infeliz está en un ¡ay!
pues piensa que Federico
estuvo anoche en el Real.

NICOLÁS. ¡Hola! ¡Hola! ¿Esas tenemos?

CASTA. Yo la digo:—«Eres lo más
tonta... á mí me importaria
poco que fuera Fabian.»
¿Usted le vió!

NICOLÁS. ¿Yo? ¿Y á quién?

CASTA. A mi marido.

NICOLÁS. (¡Ay! ¡ay! ¡ay!...
conozco el juego... ¡Ay, doctor,
que me la vas á pagar!)
Doña Casta, usted comprenda
con su gran sagacidad
el terrible compromiso
en que me pone: faltar
no me es dado á los deberes
sagrados de la amistad,

ni hacer traicion á una dama
tan recomendable y tan
digna por todos conceptos
de respetabilidad.
(Esta mujer, cuando jóven,
debe haber sido tal cual.)

CASTA. Eso es decirme que estuvo.

NICOLÁS. No, señora, esto es callar.

CASTA. ¡Vaya si estuvo! De fijo.
No me diga usté el disfraz;
iria vestido de oso.

NICOLÁS. Hablemos de Caridad.

CASTA. No tal: hablemos del baile.

NICOLÁS. Yo creo que este *menage*
no está bien.

CASTA. (¡Cómo me mira!
¡Ni que me fuera á tragar!)

NICOLÁS. ¡Ay, señora, qué maridos
hay por esos mundos!

CASTA. ¡Ay!
¡A quién se lo cuenta!...

NICOLÁS. Olvidan
su amor, la fidelidad
jurada, y corren en busca
de un desdichado ideal
abandonando por él
la agradable realidad.

CASTA. (¡Y cómo me mira!)

NICOLÁS. A veces
siento una angustia mortal
cuando pienso en que muchísimos
dejan su felicidad,
y yo que la busco ansioso
jamás la puedo encontrar.
¡Si yo fuera un Federico!...
¡Si yo fuera un don Fabian!...
¡Ay, señora, usted me entiende!

CASTA. (¡Huy! ¡Se me va á declarar!
Este chico es peligroso.
¡Jesus!...)

NICOLÁS. Yo no puedo más.

¡Quiero otro goce más íntimo!
¡Quiero otro amor celestial!

CASTA. ¡Don Nicolás! (¡Ay Dios mio!...
¡Yo no sé lo que me da!...
¡Nunca me vi en estos lances!
¡Si no me han hecho jamás
el amor! (Mirándole.) ¡Y es muy reguapo!
¡Jesus! ¡Qué barbaridad!)

NICOLÁS. Conque, doña Casta...

CASTA. ¡Basta!
¡Calle usted, don Nicolás!...
(¡Dios eterno! ¡Que estas cosas
me sucedan á mi edad!)
(Váse por la primera puerta izquierda.)

ESCENA VI.

NICOLÁS. En seguida Don FABIAN y FEDERICO.

NICOLÁS. ¡Ahora se lo dice á ella!
¡Si soy de lo más truhan!
¡Ah! ¡Mi víctima!... ¡Silencio! (Se sienta.)

FEDER. (A Don Fabian.)
¿No se lo dije? Aquí está.

FABIAN. (A Federico.)
Observe usted. ¡Le delata
su misma tranquilidad!
¡Despues de lo que ha ocurrido,
ese hombre debiera estar
furioso! En fin... ya veremos...

FEDER. ¡Hola, chico!

NICOLÁS. ¡Hola! ¿Y qué tal
la inspeccion?

FABIAN. ¡Perfectamente!

FEDER. ¿Estás enfadado?

NICOLÁS. ¡Quiá!...

FABIAN. ¿No le afectó el espectáculo?

NICOLÁS. ¿Qué me habia de afectar?
¡A mi no me afecta nada!

FABIAN. (Esa insensibilidad

suele ser el primer síntoma
de enajenacion mental.)

NICOLÁS. Conque si ustedes no mandan
otra cosa...

FEDER. ¿Qué? ¿Te vas?

NICOLÁS. Voy á escribir una carta...
Pronto despacho. *Au revoir.*
(Aparte al salir.)
(¡Del doctor me venga él:
de mi primo, Caridad!) (Váse.)

ESCENA VII.

Dichos ménos NICOLÁS.

FABIAN. Yo creo que está maniaco.
Siempre ese empeño tenaz...
el amor y las mujeres.

FEDER. Pues entónces, los demas
no estamos cuerdos tampoco.

FABIAN. A propósito: ¿me hará
usted el favor de darme
dos botellas de *Champagne*?

FEDER. Sólo tengo una, y por cierto
empezada á descorchar.

FABIAN. Mucho mejor; se destapa
con mayor facilidad.
Ceno esta noche con ella,
y como en este lugar
no hay...

FEDER. ¿Y el *Champagne*?

FABIAN. ¡La entusiasma!
Eso y el oppoponax.
(Dándole á oler un pañuelo.)

FEDER. ¡Conque esta noche una orgía!

FABIAN. ¡Silencio!

FEDER. ¡Somos un par
de sátrapas, que engañamos
á toda la humanidad!

FABIAN. ¿Me da usted esa botella?
FEDER. ¡Picaron... vamos allá!

ESCENA VIII.

—

Dichos y CARIDAD.

CARIDAD. ¿Ya de vuelta?
FABIAN. Sí, señora:
ya de vuelta.
CARIDAD. ¿Y Nicolás?
FEDER. Se ha marchado hace un momento.
CARIDAD. ¡Está loco!
FEDER. Es natural.
CARIDAD. ¿De furor?
FABIAN. ¡De la cabeza!
CARIDAD. ¿Qué dice usted?...
FEDER. Don Fabian
se empeña en que está tocado.
CARIDAD. ¡Qué horror!
FABIAN. Usted lo verá.
CARIDAD. Pero...
FABIAN. El ojo de la ciencia
jamás se engaña: ¡jamás!
Si hoy en dia faltan pruebas,
el tiempo nos las dará.
FEDER. ¿Doctor, viene usted conmigo
á discutir ese plan?
CARIDAD. ¿Cómo es eso? Un plan...
FEDER. Sí, hija,
todo un plan electoral.
CARIDAD. Pues nada me habias dicho...
FEDER. Hasta asegurarme más...
Pretende que sea alcalde,
y yo...
FABIAN. Se resignará.
(Vánse los dos por la primera puerta derecha.)

ESCENA IX.

CARIDAD sola.

Me alegraré que le elijan...
Así tendrá en qué pensar,
y cuanto más ocupado
ménos se me distraerá.

ESCENA X.

CARIDAD y NICOLÁS foro izquierda.

NICOLÁS. (Está sola. Llego á tiempo.
Audacia y serenidad.)
¡Caridad!
CARIDAD. ¿Dónde te has ido?
Casi te he podido ver
desde el dia en que has venido.
De fijo estás aburrido;
pero, hijo, ¿cómo ha de ser?
Ten un poco de paciencia
y que nuestro afecto cure
tu fastidiosa dolencia,
que al fin y al cabo, en conciencia,
no hay mal que cien años dure.
NICOLÁS. Por Dios, voy á regañar
contigo si hablas así.
¿Cómo has podido pensar
que me pueda fastidiar
estando cerca de tí?
CARIDAD. Gracias.
NICOLÁS. Tú mi sentimiento
cambias; hablo con franqueza.
Achacas á aburrimiento
mi mal, y lo que yo siento
no es eso, sino tristeza.
CARIDAD. ¿Tristeza? ¡Ja! ¡ja! ¡Esto es bueno!

¡Y lo dices tan sereno!
NICOLÁS. Si tal; perdí mi reposo,
porque voy siendo envidioso...
CARIDAD. ¿Tú? ¿Y de qué?
NICOLÁS. Del bien ajeno.
CARIDAD. No entiendo...
NICOLÁS. Me explicaré...
Por largo tiempo he vivido
sin saber por qué,
dando mi dicha y mi fe
y mi pasado al olvido.
Feliz, aunque atolondrado,
juzgaba mi dicha cierta;
pero hoy al verme á tu lado
siento que en mí se despierta
el recuerdo del pasado.
(Breve pausa; Nicolás se aproxima más á Caridad.)
En Córdoba la oriental,
y en su caprichosa sierra,
cuya belleza ideal
nos da un reflejo en la tierra
del paraíso inmortal;
hay una huerta encantada
que labraron mis mayores,
donde con tu tia amada
pasabas la temporada
deliciosa de las flores.
Tú eras niña; yo mozuelo;
creció allí nuestro cariño
lleno de bendito anhelo,
que hay un no sé qué del cielo
en los afectos del niño.
Yo á mis amigos dejaba
por verte á tí, prima mia;
jamás con ellos jugaba,
y sólo contento estaba
al verme en tu compañia.
¡Aún recuerdo! ¡Qué hechicera!
Con flores de primavera
te hacias bella guirnalda,
dejando tu cabellera

suelta en rizos por la espalda.
Por aquel jardin florido
corrias que era un placer,
y tu juego preferido
era el llamarme marido
y llamarte mi mujer.

CARIDAD. ¡Es verdad!

NICOLÁS. ¿Te acuerdas?

CARIDAD. (Con ingenuidad.) Sí.
¿No me tengo de acordar?
Y de que empecé á llorar
un dia, porque te ví
con tu prima Inés jugar.
Inés, la morena aquella
tan esbelta y tan graciosa...

NICOLÁS. ¡Cállate; no me hables de ella!
¡Tan cursi!

CARIDAD. Pero tan bella
que parecia una rosa.

NICOLÁS. Yo sólo pensaba en tí;
tú eras siempre mi consuelo.

CARIDAD. ¡Calla! yo... ¡pobre de mí!...

NICOLÁS. En tí, prima, resumí
mi dicha, mi fe, mi cielo.
Fuíme á Sevilla á estudiar;
y no quiero recordar
entre estos sueños de ayer,
mi pesadumbre al marchar
y mi alegría al volver.
¿No es verdad?

CARIDAD. (Dando la mano á Nicolás.)
Pues ya lo creo;
yo te esperaba impaciente
sin comprender qué deseo
me obligaba á estar pendiente
todo el dia del correo.
Cuando el criado venia
con tus cartas, de él detras
iba yo gritando: «Tia,
hay carta de Nicolás.»

NICOLÁS. ¡Y al verme, qué frenesí,

cuánta delicia y encanto!
¿No te acuerdas, prima, dí?

CARIDAD. (Separándose de él.)
Sí, me acuerdo, primo, sí;
pero no me aprietes tanto.

NICOLÁS. Y decir... ¡Todo pasó!
¡Pero no ha pasado, no!
Aún puede volver quizás
aquel tiempo.

CARIDAD. ¡Nicolás!...

NICOLÁS. Cuando tú veas que yo...

CARIDAD. ¿Qué es esto? ¿Qué estás diciendo?

NICOLÁS. Yo pudiera ser feliz
si yo... si tú... Yo me entiendo.

CARIDAD. Primo, tambien yo comprendo
que eres...

NICOLÁS. ¿Yo? ¿qué? (Con ansiedad.)

CARIDAD. (Despues de reflexionar un momento.)
¡Un infeliz! (Váse.)

ESCENA XI.

—

NICOLÁS con aire muy asombrado.

¡Que yo soy un infeliz!
¡Un infeliz! No lo entiendo.
¿Por qué habrá dicho tal cosa?
¡Ah! ¡vamos! ¡Ya caigo! ¡Nécio!
La extrañó sin duda alguna
que me anduviera en rodeos
y ese «infeliz» significa:
«¡Hombre, no seas majadero!
¿por qué no dices *envido*,
si me ves que estoy queriendo?»
No puede ser otra cosa.
Es fuerza ganar el tiempo
perdido... La verdad... ella
me infunde cierto respeto...
Hay que buscar un recurso,
pero un recurso supremo,

¡Ah! sí: ¡justo! ¡brava idea!
Aquí hay papel y tintero...
Voy á escribirla una carta.
Mejor serán unos versos.
Es más *chic*... ménos vulgar
y de mucho más efecto. (Escribiendo.)
Si yo me acordara... Sí.
Ya me acuerdo... ya me acuerdo. (Escribe.)

ESCENA XII.

Dicho, Doña CASTA por la primera puerta izquierda.

CASTA. (Ahí está... pero no importa;
ya no dudo, ya no temo.
Ahora vengo de rezar
unos cuantos Padre nuestros
para que me libre Dios
de los malos pensamientos.
¿Qué escribirá?)
NICOLÁS. Me ha salido
medianillo el tal soneto.
(Sin ver á doña Casta.)
Reminiscencias de niño.
Ahora busquemos un medio
de que llegue á poder suyo.
Aquí hay un libro de rezo.
Ce y eme: sus iniciales:
es el suyo... aquí lo dejo.
(Lo pone en el libro y váse.)

ESCENA XIII.

Doña CASTA.

¡Dios mio, está apasionado
de mí! ¡Ay! Le compadezco,
que una pasion invencible

es atroz! ¿Y qué habra puesto
el infeliz en mi libro
de misa?... Veamos. ¡Cielos!
¿Qué es lo que miro? ¡Una carta!
¡Me escribe! ¡Qué atrevimiento!
¡Oh! Yo no debo leerla...
A ver qué dice. «Soneto.»
¡Calla! ¡versos!... ¡Ay! ¡á mí
me gustan mucho los versos!
(Leyendo.)

Tu ingenio, tu candor y tu belleza,
el amor engendraron que en mi pecho
oculto vive y vivirá, á despecho
de la ley que marcó naturaleza.
Si hoy la pasion á germinar empieza,
dentro del alma tomará gran trecho.
Nadie evita el amor ni nadie ha hecho
que al corazon le rinda la cabeza.
Mas no temas, mi bien, que el desvarío
de la pasion me ciegue de tal suerte
que provoque tu enojo y tu desvío.
Sabré callar por miedo de ofenderte,
que mi amor es inmenso como mio
se contenta tan sólo con quererte.»
Ay, Dios... ¡qué pasion tan súbita!
¡Nunca! ¡jamás! Yo no puedo...
(Queda dudosa un momento contemplando el papel.)

ESCENA XIV.

Dicha y Don FABIAN con una botella de *Champagne.*

FABIAN. ¡El caballo! ¡Buena marca!
CASTA. (¿Quién viene? ¡Jesus!)
(Esconde precipitadamente la carta.)
FABIAN. (¡Qué encuentro!)
(Haciendo lo mismo con la botella de *Champagne.*)
CASTA. ¡Hola! (Turbada.)
FABIAN. ¡Hola! (Idem.)
CASTA. ¿Dónde estabas?

FABIAN. ¿Que dónde? Pues mira, vengo...
de charlar... Y tú ¿qué hacias?
CASTA. Yo, nada... matar el tiempo
aquí...
FABIAN. ¿Qué es lo que te ocurre?
Parece que hablas con miedo.
CASTA. No... yo... no... ¿Y de qué?
FABIAN. ¡Pues claro!
CASTA. Y tú ¿que tienes? Observo
en tí un no sé qué...
FABIAN. Pues nada...
Yo, nada... (¿Dónde echo esto? (Por la botella.)
¿Dónde estará ese maldito
bolsillo que no le encuentro?)
CASTA. Fabian, yo quiero decirte
algo que pesa en mi pecho
como una losa de plomo.
FABIAN. ¡Calla! ¿Vuelves á los celos?
CASTA. ¡He inspirado una pasion!
FABIAN. ¡Imposible! Tu cerebro...
se extravía... ¿Quién habria?...
CASTA. Pues hay un jóven esbelto
y elegante que me escribe
declaraciones en verso.
FABIAN. ¿Quién tiene valor?
CASTA. Por Dios,
no te exaltes. Así pruebo
mi cariño. Toma. (Dándole el papel.)
FABIAN. ¿Qué?
¿Qué me das aquí? (Leyendo.) «Soneto.»
¿Y quién es el desgraciado?
CASTA. ¡Ten calma! Yo no le quiero.
FABIAN. ¿Quién es?
CASTA. Nicolás.
FABIAN. (Con alegría.) ¡La prueba!
¡Lo que es el ojo del médico!
¡Federico! ¡Venga usted
pronto aquí!
CASTA. ¡Por Dios, silencio!
¡Soy honrada!
FABIAN. ¡Federico!

CASTA. ¡Caridad! ¡Ay! ¡Yo me muero!
(Váse primera puerta izquierda.)

ESCENA XV.

Don FABIAN, NICOLÁS y FEDERICO.

FEDER. ¿Qué ha ocurrido?
NICOLÁS. ¿Qué ha pasado?
FABIAN. ¡Pues lo que yo me temía!
Tiene una monomanía...
¡Está loco rematado!
NICOLÁS. ¡Delira usted!
FABIAN. No deliro.
¡Tengo pruebas!
NICOLÁS. ¡Qué ha de haber!...
FABIAN. ¿Que no? ¡Las va usted á ver!
(Salta el tapon de la botella que lleva en el bolsillo. Este juego es fácil de hacer con un sifon invertido y agua de Seltz.)
¡El *Champagne!*

ESCENA XVI.

Dichos, Doña CASTA y CARIDAD.

CASTA. (Asustada.) ¡Gran Dios! ¡Un tiro!
¡Le mató!
FABIAN. ¡Está loco!
NICOLÁS. ¡Basta!
FEDER. ¡Don Fabian!
CARIDAD. ¡Qué disparate!
LAS DOS. ¡Loco!
FED. y NIC. ¡Loco!
FABIAN. ¡De remate!
¡Hace el amor á mi Casta!
(Procurando ocultar el *Champagne* que sale cada vez con más fuerza.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

FEDERICO y NICOLÁS.

FEDER. Sí, chico, estoy aturdido.
Aunque te juzgo un Tenorio,
no creí que te atrevieras
á fragatas de ese bordo.
Cuidado que doña Casta...
NICOLÁS. No tal; tiene buenos ojos
y aún está conservadita...
FEDER. ¿Me dirás que es un pimpollo?
¡Qué diablo de enamorados!
Nadie puede con vosotros.
NICOLÁS. (¡No sospecha nada el pobre!)
FEDER. Has descendido de un modo...
atroz, chico, ¡desde aquello
de Lóndres y de Stokolmo!
NICOLÁS. Confieso que anduve torpe.
FEDER. ¡Escribirla!... ¡Estoy absorto!
Eso lo hace un colegial;
pero tú... pero nosotros
que hemos corrido la tuna...
NICOLÁS. Es verdad, estuve un poco...
FEDER. Y don Fabian empeñado
en llevarte al manicomio.
NICOLÁS. El lance de la botella
me salvó.
FEDER. Fué portentoso.
NICOLÁS. Pero un señor tan sesudo

como ese, ¿qué mil demonios
iba á hacer con la botella?...

FEDER. ¡Escúchame, que es chistoso!
Pero, por Dios, no descubras
mi secreto...

NICOLÁS. Te respondo...

FEDER. Pues don Fabian, con ese aire
tan formal y tan calmoso,
es un pillete muy largo,
es un tunante de á folio.

NICOLÁS. ¿Qué me cuentas?

FEDER. ¡Vaya! Tiene
cada lio y cada embrollo...
¡Ahora mismo, en Leganés,
y en un sitio muy recóndito,
tiene á su bella!

NICOLÁS. ¿Su bella?

FEDER. ¡Segun me ha dicho, un pimpollo!

NICOLÁS. Habrá que indagar...

FEDER. ¡Tunante!
Arma el escándalo gordo
á su mujer con tu carta,
y con humos de celoso
puede con más libertad
dedicarse...

NICOLÁS. ¿A qué?

FEDER. A lo otro.

NICOLÁS. Pues mira, yo no permito
que haya en ese matrimonio
disgustos por esa causa,
y voy á evitar...

FEDER. ¡Qué tono!...
¿Dónde vas?

NICOLÁS. A ver á esa
mujer.

FEDER. ¿Doña Casta?

NICOLÁS. ¡Tonto!
¡A la otra!

FEDER. Ah, no, perdona.
¡Antes estoy yo!

NICOLÁS. ¿Qué? ¡Cómo

te atreves!...
FEDER. (Bajando la voz.) ¡Sé donde vive!
NICOLÁS. Te acompañaré.
FEDER. ¡Un demonio!
¡No, chico; tú eres terrible!
¡Si te ve, lo pierdo todo!
NICOLÁS. Pero...
FEDER. Tú... con Caridad,
—necesito de tu apoyo,—
la entretienes... la distraes...
NICOLÁS. Pero...
FEDER. Vamos... (Suplicante.)
NICOLÁS. (Con aparente resignacion.)
¡Me conformo!

ESCENA II.

Dichos y CARIDAD.

CARIDAD. ¿Estábais de conferencia?
Pues me retiro si estorbo.
FEDER. Estaba echando un sermon
á tu primo: es un Tenorio,
y ya no respeta edades
ni estados.
CARIDAD. (Con cierta intencion.)
¡Ya le conozco!...
¡Y sé que es capaz!...
NICOLÁS. ¡No, prima!
CARIDAD. Sí, primo; capaz de todo.
NICOLÁS. (¡Está celosa!) No creas...
CARIDAD. Algo más respetuoso
te juzgaba.
NICOLÁS. Yo...
CARIDAD. Mi casa
necesita más decoro.
FEDER. Me ha prometido la enmienda.
NICOLÁS. (A Caridad.)
Pero tú á ese vejestorio

presumes que...
FEDER. ¿Pues á quién
era el soneto amoroso?
NICOLÁS. (A Caridad.)
A nadie... Todo fué broma...
Porque yo... Tú sabes...
CARIDAD. (¡Tonto!)
NICOLÁS. (¡Está ciega de despecho!)
FEDER. (Mirando el reloj.)
(Pasa el tiempo como un soplo...
Ahora estará sola.) Vóime.
CARIDAD. ¿Dónde vas?
FEDER. Vuelvo muy pronto.
CARIDAD. Tengo que hablarte un momento.
FEDER. Mas...
CARIDAD. Te detengo muy poco.
NICOLÁS. Si es dia de conferencias,
más vale dejaros solos.
FEDER. No, chico... Digo, yo creo
que... (Mirando á Caridad.)
NICOLÁS. Se calla... luego estorbo...
(Siguen de monos... Me alegro.
¡Me gustan á mí... los monos!) (Vase.)

ESCENA III.

FEDERICO y CARIDAD.

FEDER. Ya estamos solos los dos.
¿Y bien?...
CARIDAD. Pues solos nos vemos,
es necesario que hablemos
en paz y en gracia de Dios.
FEDER. ¡Huy! ¡qué tono! ¿Es grave el caso?
¿Qué ocurre? dí: ya te escucho.
CARIDAD. He dudado mucho, mucho,
ántes de dar este paso.
Cuando delante de Dios
há tres años nos unimos,
dime: ¿qué nos prometimos,

qué nos juramos los dos?

FEDER. Eterna fidelidad
y amor eterno; y por mí
cumplo fielmente.

CARIDAD. ¡No!

FEDER. Sí.
¡Te lo juro!

CARIDAD. ¡No es verdad!

FEDER. ¿Que no, dices?

CARIDAD. Oye atento
y modera tu impaciencia,
porque nuestra conferencia
será cuestion de un momento.
¿Te he ofendido yo quizás,
sin querer?...

FEDER. Nunca, soy justo.

CARIDAD. ¿Te he dado yo algun disgusto
sin saberlo?

FEDER. No, jamás.

CARIDAD. Entónces...

FEDER. Son bien extrañas
tus preguntas... no concibo...

CARIDAD. ¿Por qué sin darte motivo
no me quieres y me engañas?

FEDER. ¿Que yo?... ¡no me hables asi!

CARIDAD. ¿Tú no estuviste en el Real?

FEDER. Al lado de Sandoval
me pasé la noche.

CARIDAD. Sí:
pero ¿dónde?

FEDER. ¿Estás de guasa?
Pues, hija, naturalmente
cuando está enferma la gente
se suele estar en su casa.

CARIDAD. ¿Nada más me dices?

FEDER. No. (Pausa.)

CARIDAD. No te juzgué tan sereno.

FEDER. Mas...

CARIDAD. Sandoval está bueno
y fué al baile.

FEDER. (Turbado.) (¡Me pilló!)

No... yo... ya ves... (¡Me aturullo!)

CARIDAD. ¡Federico!

FEDER. ¡Caridad!
Bien, fuí al baile, es la verdad;
¿para qué tanto barullo,
tanto embolismo y embrollo?...
Perdóname mis engaños.
¡Hacia ya tantos años
que no la echaba de pollo!...
Sandoval fué quien me instó:
luché, pero sucumbí;
á la tentacion cedí
porque soy muy débil yo.
Ya descargué mi conciencia
y lo dije todo; ahora
que tenga mi confesora
un poquito de indulgencia.
Que encuentre en mi contricion
disculpa y en mi franqueza.
Pequé, mas por ligereza,
nunca por mala intencion.

CARIDAD. ¿De veras?

FEDER. Te lo aseguro.

CARIDAD. ¿No serás reincidente
nunca?...

FEDER. ¡Nunca!

CARIDAD. ¿Lealmente
me lo juras?

FEDER. Te lo juro.
Si mi carácter me lleva
á hacer cualquier tonteria,
no es por faltarte, hija mia.

CARIDAD. Pero...

FEDER. Desde hoy vida nueva.

CARIDAD. Sí.

FEDER. Nada de divagar
ni de vivir en un tris:
me consagro á mi país,
á mi mujer y á mi hogar.
Adios, bien mio.

CARIDAD. ¿Te vas?

FEDER. Sí, hija mia, es necesario...
Tengo un terrible adversario:
el hijo de don Tomás.
¡Pero triunfaré en la empresa!
CARIDAD. ¿Quién le mete?...
FEDER. Cuestion es
de amor propio.
CARIDAD. Vete, pues.
FEDER. Adios... futura alcaldesa.
(Siento así cierto escozor... (Al salir.)
mas... ¡qué diablos! nada, nada...
¡Mi última calaverada
la va á pagar el doctor!) (Váse.)

ESCENA IV.

CARIDAD.

¿Por qué tomar á desaire
ni juzgar crimen nefando
que quiera de vez en cuando
echar una cana al aire?
No, no; sincera es su enmienda,
en él debo confiar,
que á veces por refrenar
mucho, se rompe la rienda.
Que salga y éntre á su antojo,
que sepa que no le riño;
que halle en su casa el cariño
en vela, nunca el enojo;
de este modo, detener
podré su vuelo quizá;
y si alguna vez se va,
volverá: ¿no ha de volver?

ESCENA V.

Dicha y Doña CASTA muy compungida y llorosa.

CASTA. ¡Ay, Caridad!
CARIDAD. ¡Doña Casta!...
CASTA. Aquí vengo al buen tun tun...

Estoy enferma, sí, enferma;
me va á dar la *coqueluche*.

CARIDAD. ¡A su edad!

CASTA. ¡Ay, hija mia!
Tu primito, el andaluz,
ese señor diplomático
que confunda Belcebú,
es quien causa mi desgracia
con sus versitos y sus...

CARIDAD. Pues ¿qué pasa?

CASTA. Mi marido,
sin decir siquiera «agur»,
se ha marchado ayer de casa.

CARIDAD. ¡Dios mio!

CASTA. Y no ha vuelto aún.
Él no está en el manicomio,
ni en la botica del Sud,
ni en casa de doña Paca...
Ya sabes, la de Gallur,
la viuda de aquel sujeto
que murió en Calatayud
de resultas del trancazo...
que le dió su prima Cruz.
¡Me abandona! Se separa
de mi lado... ¡Ya ves tú
qué injusticia!

CARIDAD. Don Fabian
tiene sentido comun
y no habrá dado ese paso,
que sólo la juventud
con sus arrebatos puede
disculpar.

CASTA. Eso segun...
¡Es un Otelo!

CARIDAD. No importa:
al cabo se hará la luz
y verá que usted es buena.

CASTA. Siempre calmas mi inquietud.
¡Dios te lo pague!

CARIDAD. Y ahora
para que termine su

disgusto, debo decirla
que es inocente.
CASTA. ¡Ay, Jesus!
CARIDAD. Que no fué al baile.
CASTA. ¡Dios mio!
CARIDAD. Fué Federico.
CASTA. ¡Qué albur!...
¡Me alegro! Digo, lo siento...
Eres la misma virtud
y me pesa que te engañe.
CARIDAD. Me lo ha confesado.
CASTA. ¿Y tú?...
CARIDAD. Le he perdonado.
CASTA. Mal hecho.
CARIDAD. ¡No tal!
CASTA. Tu marido es un...
CARIDAD. ¡Un infeliz!
CASTA. ¡Sí! Me marcho.
Ya no puedo hallar quietud
hasta que á Fabian no encuentre.
Hasta que, viéndome en cruz,
me perdone... ¡Pobrecillo!
¡Y dudé de su virtud!
No merezco tal esposo...
¡tan fiel!... ¡Huy! ¡el andaluz!
¡Me voy, me voy!...
CARIDAD. ¡Doña Casta!
CASTA. No... no quiero verle... Agur. (Vase.)

ESCENA VI.

CARIDAD y NICOLÁS.

NICOLÁS. ¿Cómo? ¿Se marcha de aquí
porque yo vengo?
CARIDAD. Quizás.
NICOLÁS. Qué ocurrencia.
CARIDAD. ¡Nicolás!...
NICOLÁS. ¿Por qué se asusta de mí?
CARIDAD. ¡Asustarse! ¡Qué bobada!

Tu presencia la disgusta.
Por lo demas, no se asusta
la mujer cuando es honrada.

NICOLÁS. Pues celebro su ocurrencia:
solos otra vez nos vemos,
y así reanudar podremos
la pasada conferencia.

CARIDAD. Eso mismo ansío yo.

NICOLÁS. ¡Tal dicha el alma no cree!

CARIDAD. ¿Por qué extrañas que desee
lo que tú deseas?

NICOLÁS. ¡Oh!
¿Conque viendo mi ternura
quieres mi ventura hacer?

CARIDAD. Necesito ántes saber
en qué estriba tu ventura.

NICOLÁS. Te lo dije el otro dia,
y estaba, prima, en un potro,
viéndote esposa de otro,
cuando debiste ser mia.
Quise callar y no pude:
quise vencer mi pasion,
pero al fin el corazon
los férreos lazos sacude
con los que la sociedad
quiso sujetarle en vano.
¡El amor es un tirano
que impone su voluntad!
Sospecho, y no sin razon...
perdona que ya concluyo,
que como es el mio tuyo,
es mio tu corazon.
Mírame á tus piés rendido:
te lo ofrezco... ¡sé clemente!

CARIDAD. No hay más que un inconveniente...

NICOLÁS. ¿Cuál?

CARIDAD. Que quiero á mi marido.

NICOLÁS. ¿De veras?

CARIDAD. ¡No lo ha de ser!

NICOLÁS. Mas...

CARIDAD. Como lo estás oyendo.

NICOLÁS. (Pues señor, voy presumiendo
que no me ama esta mujer.)
CARIDAD. Ja, ja, ja... te ha chocado
que te escuche con tal calma...
¡Ay, primo mio del alma!...
¡tú vives muy engañado!
Tú piensas que no hay mujer
que no se prenda en tus trabas,
y hay muchas que son esclavas
del cariño y del deber.
Y no pienses que me ofenda
lo que me has dicho, no tal;
en el mundo cada cual
tiene marcada su senda.
Tú la ostentacion, el ruïdo;
placeres y amor sin tasa:
yo la quietud de mi casa
y el amor de mi marido.
Y he de decirte una cosa
de placer el pecho lleno,
y es que Federico es bueno
y le quiero y soy dichosa.
NICOLÁS. ¿Qué dices? ¡De tal falsía
no he de ser cómplice yo!
¡Federico miente!
CARIDAD. ¡No!
NICOLÁS. ¡Fué al baile!
CARIDAD. Ya lo sabía.
NICOLÁS. ¿Cómo?...
CARIDAD. Sí... me lo ha contado...
NICOLÁS. Pero...
CARIDAD. Sé sus travesuras.
NICOLÁS. Pero tú no te figuras
lo que en el baile ha pasado.
Sabe, pues, que...
CARIDAD. Nicolás, (Severa.)
inútil fuera insistir:
ni más me debes decir,
ni te debo escuchar mas.
NICOLÁS. Es que yo...
CARIDAD. Emplea tus ocios

—ya que no en buscar enmienda—
en hacer que se te ascienda
á encargado de negocios.

NICOLÁS. Pero...

CARIDAD. Sigue mis consejos:
vuelve á Berlin con los tios.
En esos climas tan frios
necesitan más los viejos
del apacible calor
que el amor de un hijo enciende;
la voz del deber atiende,
y caliéntelos tu amor.

NICOLÁS. Eso es verme despedido...
eso es echarme de aquí.

CARIDAD. Pues si lo juzgas así,
te quejas á mi marido.

ESCENA VII.

Dichos y FEDERICO.

FEDER. Por fin... vengo sin aliento...

CARIDAD. ¿Ya de vuelta?

FEDER. ¡Hola!... ¿Tú aquí?...

CARIDAD. ¿De dónde vienes?

FEDER. ¿Yo?...

CARIDAD. Sí.

FEDER. Vengo... del ayuntamiento...
Ya sabes que se ha empeñado
esta gente en elegirme...

CARIDAD. Sí, ya sé...

FEDER. Yo sigo firme
en negarme.

CARIDAD. ¿Te has negado?
¿Pues no ibas á trabajar?...

FEDER. Pero ya no me enamora
que te llamen la señora
del alcalde del lugar.
Yo quisiera para tí

un trono.

CARIDAD. ¿Un trono? (Con alegria.)

FEDER. Un imperio,
y rendirte en cautiverio
la vida que alienta aquí.

CARIDAD. (A Nicolás.)
¿Lo ves, lo ves, mentecato?

FEDER. ¿Cómo?

NICOLÁS. (¡Dios me dé su ayuda!) (Con recelo.)

FEDER. (A Nicolás.)
¿Tú crees?

CARIDAD. Nicolás, sin duda
para divertirse un rato,
decia que no me quieres.

FEDER. Tú no le habrás dado oidos...
(Rápido este diálogo.)

NICOLÁS. Mas...

CARIDAD. Piensa que no hay maridos
que quieran á sus mujeres.

FEDER. Envidia.

CARIDAD. Pues claro está.
¿Qué sabe el pájaro errante
de la fe pura y constante
que el calor del nido da?

FEDER. ¡Qué ha de saber!

CARIDAD. ¡Qué ilusiones
tendrá por el santo yugo
el seductor, el verdugo
de honras!...

FEDER. ¡Claro!

CARIDAD. Ni hay razones
que le convenzan.

FEDER. Ninguna.

CARIDAD. Y huye al hablarle de bodas...

FEDER. Y es capaz de amar á todas...

CARIDAD. No sabiendo amar á una.

FEDER. Siempre en la vida pueril.

CARIDAD. ¡Vida de burlas!..

FEDER. ¡De estruendo!

NICOLÁS. (Pues señor, me están poniendo
como hoja de peregil.)

FEDER. Para dar una leccion
á ese torpe descreido,
permite que tu marido
te estreche á su corazon.
CARIDAD. ¡Ah!
FEDER. (Abrazándola.)
¡Que rabie! ¡Esto es el cielo!
CARIDAD. Pero, dí: ¿dónde has estado (Oliendo.)
que vienes tan perfumado?
FEDER. ¡Quién yo!...
CARIDAD. Tú hueles...
FEDER. ¿Yo huelo?..
CARIDAD. Tú hueles... No hay duda. Ven,
Nicolás.
FEDER. Pero, hija mia;
qué manía...
CARIDAD. ¡No es manía!...
NICOLÁS. (Oliéndole.)
¡Chico, tú hueles muy bien!
CARIDAD. ¡Y no es aroma vulgar!

ESCENA VIII.

Dichos y Don FABIAN.

FEDER. Pero...
CARIDAD. Doctor...
NICOLÁS. (Con fruicion.) (¡Infeliz!)
CARIDAD. ¿Tiene usted buena nariz?
FABIAN. (Llevándose la mano á ella.)
Una cosa regular...
CARIDAD. Huela usted á mi marido...
FABIAN. ¡Señora!
CARIDAD. ¡Yo se lo ruego!
NICOLÁS (¡Ja! ¡ja! ¡ja!)
FEDER. (¡Si habla le pego!)
FABIAN. (Encogiéndose de hombros.)
Olamos...
¡Qué! (Sorprendido.)
FEDER. (¡Estoy perdido!
(Tratando de disculparse.)

(¡Don Fabian!
FABIAN. ¡No me revele
usted nada... nada escucho!...)
CARIDAD. ¿No es verdad que huele mucho?
FABIAN. ¡Señora, vaya si huele!
FEDER. ¿Y qué?
FABIAN. ¿Cómo... y qué?
FEDER. ¿Quizás
esto es raro? No lo entiendo...
¿Es algun caso estupendo
que huela yo á oppoponax?
¿Quieren ustedes que yo
use almizcle... bergamota?...
¿Soy un cursi?
NICOLÁS. Ya se nota
que eres hombre *comm'il faut.*
CARIDAD. (Nerviosa.)
Es verdad... sí... justamente:
no debe extrañarnos nada...
en Leganés es muy dada
al oppoponax la gente...
como eso lo dan de balde,
aquí se emplea de un modo
que da gusto... sobre todo,
siempre que se vota alcalde.
Tú hace un momento te fuiste
de aquí sin oler á nada,
y ahora dejas perfumada
la estancia... y eso consiste...
(Movimiento en Federico.)
No, no... si ya lo adivino,
en que aquí el ayuntamiento
es tan pulcro, tan atento,
y sobre todo, tan fino,
tan *chic*... que siempre que vas
tiran alforjas y mantas
y te ofrecen unas cuantas
gotitas de oppoponax.
¡Ja! ¡ja! ¡ja! yo no sabía
que hubiera aquí tal costumbre...
y no me da pesadumbre,

que si tal galantería
suelen contigo tener
y una distincion como esa,
digo, digo... ¡A la alcaldesa
cómo la van á poner!
Por desgracia, aunque es muy bueno
ese perfume... desde ahora...
(Con repugnancia.)
Como yo soy labradora,
á mí me gusta el de heno.
Procura, pues, que no llegue
á penetrar en mi estancia;
porque esa dulce fragancia
me... No extrañes que te ruegue
que ocultes bien el pañuelo,
porque... En fin... basta de broma.
Yo tambien tuve mi aroma;
pero el mio voló al cielo. (Váse.)

ESCENA X.

—

NICOLÁS, FEDERICO y Don FABIAN.

Momentos de pausa. Nicolás y Federico se contemplan. Don Fabian prosigue ensimismado.

FEDER. (A Nicolás, cruzándose de brazos.)
¡Que sufra yo estos percances!..
NICOLÁS. (Idem á Federico.)
¡Que un marido tan corrido
como tú, sea un marido
que le ocurran estos lances!
FEDER. ¿Quién iba á acordarse ahora?...
NICOLÁS. ¡Nada: te pilló en la red!
FABIAN. (Cruzándose tambien de brazos.)
¿Cómo ha penetrado usted
en casa de esa señora?
FEDER. Don Fabian... yo le aconsejo...
FABIAN. Yo me habia confiado

á usted, y usted me ha faltado.
FEDER. ¡Don Fabian!
FABIAN. Mas no me quejo.
Yo me he abierto el precipicio.
Le dije á usted que es muy bella,
y usted ha pensado en ella,
y se le ha turbado el juicio.
Pero ella, que libre está
de esa accion perturbadora...
FEDER. Sepa usted que esa señora...
FABIAN. Las razones me dirá.
FEDER. Yo las diré.
FABIAN. No lo extraño:
que he aprendido en mi ejercicio
que se aclara mucho el juicio
cuando se aplica al engaño.
FEDER. Yo le quiero á usted contar
lo que usted debe saber.
FABIAN. ¿Y si no lo he de crêer,
para qué lo he de escuchar? (Váse.)
FEDER. ¡Pues abur! (Se pasea.)

ESCENA X.

NICOLÁS y FEDERICO.

NICOLÁS. ¡Quién no presume
el percance con mi prima
Caridad! ¡Llevar encima
ese delator perfume!
FEDER. ¡Estoy dado á Barrabás!
NICOLÁS. ¡El traspiés es de los buenos!
Pero, en fin, del mal el ménos;
chico, una conquista más.
¿Qué tal? (Abrazándole.)
FEDER. ¡Horrible! (Desesperado.)
NICOLÁS. ¿Qué?
FEDER. ¡Horrible!
NICOLÁS. ¿Qué dices?

FEDER. No hay quien la aguante;
y jóven... como su amante.
NICOLÁS. Pero muchacho... ¿es posible?
FEDER. Te aseguro que la empresa...
NICOLÁS. Pero ese desventurado
¿cómo se halla enamorado
de una mujer como esa?
FEDER. ¿Qué sé yo? Estoy aturdido.
Don Fabian y esa vision
no se miran como son,
que se miran como han sido.
NICOLÁS. ¿Pero ella está enamorada?
FEDER. ¡Qué disparate!
NICOLÁS. ¿No invoca
su amor? ¿No se finge loca?
FEDER. Si es que lo está y rematada.
Me vió, y gritó con encomio:
«¡Qué hermoso! ¡Qué hermoso estás!
No te disfraces jamás
de doctor del manicomio.»
NICOLÁS. ¡Situacion más peregrina!
FEDER. Y decia en tono blando:
«Me gustas más estudiando
tercero de medicina.»
NICOLÁS. ¡Canario con don Fabian!...
FEDER. Y añadió en són de reproche:
«¡Que bien me trajiste anoche
la botella de *Champagne!*»
NICOLÁS. Se la bebió la levita
de don Fabian, es lo mismo.
FEDER. Por fin, en el paroxismo
de su amor, se precipita
á un cofrecillo de laca;
saca un bote... á mí se llega...
y, chico, como quien riega...
una maceta de albahaca...
CASTA. (Dentro.)
¡Caridad!
NICOLÁS. ¡Quién!
FEDER. Me hago el sordo.

ESCENA XI.

Dichos y Doña CASTA.

CASTA. ¿Dónde está? Yo quiero hablarla,
y decirla, y consultarla...
¡Caridad!
NICOLÁS. (¡El trueno gordo!)

ESCENA XII.

Dichos y CARIDAD.

CARIDAD. ¿Qué ocurre?
CASTA. Que estoy en autos...
¡Ay! ¡Por qué nos casaremos!
(Se abraza á Caridad.)
NICOLÁS. (A Federico.)
(Creo que ya no tenemos
necesidad de ser cautos.)
CARIDAD. Pero diga usted si puede...
(Consolando á Casta y obligándola á tomar asiento.)
CASTA. Ustedes son mis amigos;
sean ustedes testigos
de lo que á mí me sucede. (Llora.)
NICOLÁS. (¡Crece la nube!)
CASTA. ¡Qué chasco!
(Volviendo á abrazar á Caridad.)
¡Ay, hija, qué desgraciadas
somos!
CARIDAD. Sí... muy desdichadas. (Llora.)
NICOLÁS. (¡Pues señor, rompió el chubasco!)
FEDER. Calma...
CASTA. ¡No, no me sereno!
FEDER. Pero quizás el doctor...
CASTA. El doctor es un traidor
disfrazado de Galeno.
(A Caridad.)
Ya sabes lo sucedido:

Yo me creia culpada
por la sospecha infundada
que de él habia tenido.

CARIDAD. Ya sé...

CASTA. Y como es regular,
quise curarle la herida,
y me pregunté en seguida:
¿dónde le voy á buscar?
¿Dónde? ¡Pues dónde ha de ser!
¡A casa de esa demente,
que segun dice la gente
es una pobre mujer
que le ha dejado un Romeo
el corazon en pedazos,
y que viene á echarse en brazos
de la ciencia!... ¡Ya lo creo!
Busqué su casa y entré
despues de una lucha fiera...
¡Tú no sabes qué manera
de negármelo! Encontré
á una mujer que quizás
fué en su juventud hermosa,
y que estaba muy furiosa,
y que olia á oppoponax.

CARIDAD. ¡Cómo!

CASTA. Al verme, en tono airado
me dijo: «¿Dónde se esconde?
¿Dónde está Fabian? Responde...
¡Infame! ¡Me lo has robado!»
¡Figúrate tú!... ¡A Fabian!
¡Me quedé muerta!

CARIDAD. ¡Jesús!

CASTA. Y no me dió un patatús
porque á mí nunca me dan.
Situacion como la mia
no se ha visto ni se ve,
no es posible... Ella, de pié,
mirándome me decia:
«¡Tráigame usté al estudiante!
Y yo que la contemplaba
con terror... la contestaba:

«Sí, señora, sí... al instante...
espérele usted aquí...
se lo traeré de contado...»
(Con exaltacion.)
¡Y se lo hubiera llevado!
¿Qué iba á hacer, triste de mí? (Pausa.)

FEDER. Doña Casta... esto requiere
prudencia... filosofía...
resignacion... Yo sabía
todo lo que usted refiere...
¡Ejem!... Queriendo evitar
un disgusto, he pretendido
alejar de su marido
á esa mujer singular.
Por desgracia... ¡ejem!... resulta...
que esta accion... honrada en todo...
se ha interpretado de un modo
que me ofende... que me insulta...
Se me juzga delincuente...
desleal... Se cree ahora
que he ido á ver á esa señora
por verla.

CASTA. Probablemente.

CARIDAD. Yo no he seguido tus pasos:
si falté, perdona...

NICOLÁS. (¡Infame!)

FEDER. ¡Es posible que yo ame
á una vieja!...

CASTA. Se dan casos.

(Doña Casta mira á Nicolás que da media vuelta.)

*FEDER. ¿No es mi explicacion cumplida?

*CARID. ¿Por qué no juzgarla cierta
* si con ella abro la puerta
* á una esperanza perdida?

*CASTA. Porque todos son iguales.

*NICOL. ¡Doña Casta!...

*FEDER. ¡La suplico!...

---

* Los versos que tienen esta señal, pueden suprimirse en la representacion.

*CARID. Crea usted que Federico...
*CASTA. Si engañan los carcamales
* como el señor don Fabian,
* y se van á picos pardos;
* los jóvenes... los gallardos,
* hija mia... ¿qué no harán?

ESCENA XIII.

Dichos y Don FABIAN algo estropeado y con algunos rasguños en la cara. Entrará en escena en actitud reflexiva. Al verle todos guardan silencio. Doña CASTA llora y CARIDAD la consuela, tratando de contener sus sollozos. NICOLÁS no puede contener la risa y FEDERICO le tapa la boca, indicándole que sea prudente.

FABIAN. ¿Qué es la ciencia? ¡Una ilusion!
¡La ciencia!... Miéntras creia
que esa mujer me queria,
presumí que su razon
estaba muy despejada...
y ahora... que no me ama ya...
es cuando veo que está
completamente *chiflada*.
(Doña Casta rompe á llorar.
¡Dios mio!... ¡Casta! (Acercándose.)
CASTA. ¡Bribon!
FABIAN. He faltado á mis deberes;
pero, Casta... si me quieres,
otórgame tu perdon.
CASTA. ¡Jamás!
FABIAN. ¡Sé piadosa!
CASTA. ¡Quita!
FABIAN. Ve que ofendes á los cielos
si sigues teniendo celos
de esa mujer. ¡Pobrecita!
En su cerebro dormido
yacia el monstruo latente...
se presentó de repente
un jóven desconocido
que trastornó su magin.

FEDER (Haciéndole señas.)
Ya sabe usted á qué fué.
FABIAN. Sí, señor... sí que lo sé...
¡Ya está usted buen galopin!
CASTA. Como tú.
FABIAN. Los dos iguales.
FEDER. Es cierto, iguales los dos;
pero que me niegue Dios
sus venturas celestiales
si vuelvo...
NICOLÁS. (Con petulancia.)
(¡Pobre muchacho!)
FEDER. ¡Pues es una friolera!
Me creia un calavera
y resulto un mamarracho.
No hay más, lo declaro así.
(Al Doctor.)
¿Y usted tambien lo declara?
FABIAN. Contemple usted esta cara
y que responda por mí.
NICOLÁS. Segun parece, eso ha sido
una batalla campal.
FABIAN. La he llevado al hospital...
NICOLÁS. ¡Pobre mujer...!
FABIAN. He ejercido
mi penosa profesion
por última vez.
CASTA. ¿Qué escucho?
FABIAN. Yo tengo mi honor en mucho:
presento mi dimision.
CASTA. Pero, hombre, se me figura...
FABIAN. Me he engañado como pocos.
¿Cómo ha de curar los locos
quien hace tanta locura?
FEDER. ¿Pero quién no se equivoca?...
NICOLÁS. Yo no creo que eso importe.
FABIAN. ¡Oh! sí; ejerceré en la corte.
CARIDAD. (A doña Casta.)
(Así no verá á la loca.)
CASTA. (Mas si está tan acertado
al curar las pulmonías,

se va á quedar en tres dias
todo Madrid despoblado.)

CARIDAD. Don Fabian tiene talento
y hará un capital enorme.

CASTA. Preciso es que me conforme...

FEDER. ¡Ah! Pero yo no consiento
que ustedes salgan de aquí
en una gran temporada,
hasta que quede probada
nuestra conducta.

FABIAN. (Encogiéndose de hombros.)
Bien.

CARIDAD. (Con alegria.) Sí.

FEDER. Nicolás será desde hoy
testigo...

CARIDAD. No: Nicolás
se va en seguida...

FEDER. ¿Te vas?

CARIDAD. Me lo ha dicho...

NICOLÁS. Sí, me voy
de España...

FEDER. ¿Por qué motivo?

NICOLÁS. Quien se ha educado en París
y Lóndres... Este país
es un país primitivo.
No hay placeres... No hay azares...
Salvas ciertas excepciones...
¡Qué maridos tan ramplones...
qué mujeres tan vulgares!

FEDER. ¿A tus paisanas acusas?
La española...

NICOLÁS. ¡Tonteria!
¡No he visto mujer más fria!
¡Si conocieras las rusas!...
¡Qué pasion!... ¡qué frenesí
cuando te tienden la red
de sus gracias!

FABIAN. Diga usted:
¿hay mucho médico allí?

CASTA. ¡Ya piensa en hacerse ruso!...

NICOLÁS. Véngase usted, que aunque haya...

CASTA. ¿Dónde quiere usted que vaya
este vejestorio?

NICOLÁS. (Despidiéndose y dando á todos la mano.)
Excuso
decir á ustedes que en todas
partes...

FEDER. ¿Te vas?

NICOLÁS. Al momento:
tengo que hacer.

FEDER. Mas...

NICOLÁS. Lo siento.
(Federico se dispone á acompañarle. Nicolás le detiene.)
Me enfado si te incomodas.
Prima... (Perdí la campaña;
pero no me mortifica...
¡Qué lástima que esta chica
haya nacido en España!) (Váse.)

CARIDAD. (Al público.)
Señores: este sencillo
juguete quiere probar
que el mundo suele llamar
listo al necio y bueno al pillo.
No pretendo deshacer
fama que supo adquirir
quien tanto me hizo sufrir...
al cabo... soy su mujer.
Mas si lazos bendecidos
imponen santos deberes,
si es decoro en las mujeres
la opinion de los maridos,
sepan ustedes al ménos,
—pues los tengo por leales,
y me parecen formales,
y deben de ser muy buenos,—
que aunque estamos resignadas
por los pasados deslices,
ellos son los *infelices*,
nosotras las *desgraciadas*.

FIN DE LA COMEDIA.

